



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **DIANA ELIZABETH PEÑALOZA ROMÁN CC. 172603041-2**, autora del trabajo de graduación intitulado: **“ANÁLISIS DE LA ESTRUCTURACIÓN DEL CUERPO EN LAS PSICOSIS”**. Estudio realizado desde la teoría psicoanalítica, previa a la obtención del título profesional de **Psicóloga Clínica**, en la Facultad de **Psicología**.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, mayo 2016

Diana Peñaloza

**DIANA ELIZABETH PEÑALOZA ROMÁN
CC. 172603041-2**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE:
PSICÓLOGA CLÍNICA**

**“ANÁLISIS DE LA ESTRUCTURACIÓN DEL CUERPO EN LAS
PSICOSIS. ESTUDIO REALIZADO DESDE LA TEORÍA
PSICOANALÍTICA”**

DIANA ELIZABETH PEÑALOZA ROMÁN

DIRECTORA: DRA. MARÍA ISABEL DURANGO

QUITO, 2016

AGRADECIMIENTOS

A mis padres y hermanos, por el apoyo incondicional durante mis estudios;
A Isabel Durango, por la predisposición para realizar este trabajo, por sus observaciones
y por darme la suficiente libertad para realizar una lectura propia;
A mis amigas y amigos, por su compañía y apoyo durante estos años;
Y, a todos aquellos que me han ayudado con la elaboración de esta disertación.

TABLA DE CONTENIDOS

RESUMEN	IV
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I: Estructuración del Cuerpo	5
1.1. Relación del cuerpo y el Otro	8
1.2. Cuerpo y lenguaje	16
CAPÍTULO II: El Padre y la Psicosis	23
2.1. Los tres tiempos del Edipo	26
2.2. La estructuración del Sujeto de la psicosis	34
2.3. La forclusión del Nombre del Padre	38
CAPÍTULO III: Estructuración Del Cuerpo en las Psicosis.....	41
3.1 El real y el cuerpo en la psicosis.....	46
3.2 El imaginario y el cuerpo en las psicosis.....	55
3.3 El cuerpo fragmentado.....	62
3.4 La castración real en el cuerpo	69
CONCLUSIONES	73
RECOMENDACIONES	77
BIBLIOGRAFÍA	79

RESUMEN

El trabajo que se ha realizado en esta disertación se ve abocado a la estructura. Por un lado, con el afán de comprender la forclusión como mecanismo fundante de la psicosis se han desarrollado ciertas nociones y conceptos de la neurosis. De ahí, que el trabajo se distinga entre neurosis y psicosis como estructuras que pueden permitir una comparación respecto del cuerpo y del lenguaje.

A lo largo de la disertación entonces, se abordan temas que parten de la neurosis como estructura clínica para poder entender a la psicosis, haciendo un recorrido por diferentes momentos constituyentes para el sujeto, momentos que no están atravesados por una temporalidad o por el llamado desarrollo, sino que dan cuenta de cómo distintas circunstancias hacen que el sujeto se funde en la estructura del lenguaje de una u otra manera.

El tema del cuerpo así como el tema del lenguaje están implícitos durante todo el desarrollo teórico, estas referencias están tomadas principalmente de Freud y Lacan, quienes hacen puntualizaciones sobre ambas estructuras, permitiendo que se comprendan aspectos clínicos en relación del sujeto y el cuerpo, y que permiten la construcción de los diferentes casos.

Además, se han trabajado diferentes esquemas (creados por Lacan) que permiten organizar los diferentes elementos que se presentan a lo largo del trabajo, ilustrando en ellos principalmente dos cosas: la relación siempre conflictiva del sujeto con el Otro, y la relación del sujeto con la realidad. Ambas relaciones atravesadas por el cuerpo y por el lenguaje, sostenidas por la hipótesis de que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”.

INTRODUCCIÓN

Una dificultad se presenta siempre al escribir de manera general sobre las psicosis: se tiende a hacer de ellas un modelo global que resulta ser siempre una alusión a lo que se encuentra en la clínica de los pacientes diagnosticados como psicóticos pero que casi nunca se confirma en los casos singulares. Es así como “la psicosis” y “el psicótico” devienen rótulos esquemáticos que extravían al clínico y al lector que investigan en lugar de orientarlo respecto al proceso estudiado (Braunstein, 2006, p. 273).

Cuestionarse sobre el loco en el mundo contemporáneo ya no tiene el mismo interés que suscitaba en el siglo pasado. Los manuales diagnósticos realizados por entidades médicas mundiales, clasifican y describen signos y síntomas sin ningún aprecio por el sujeto que los padece, así, con la difusión de estos manuales y la inclinación de hacer de la clínica algo “científico”, el interés por el sujeto como uno singular y diferente a los otros, ha desaparecido.

El discurso médico ha tomado el lugar de la verdad, lo que está fuera de su alcance es inválido. El médico es quien declara si alguien está bien o no, si padece de una patología crónica o de un mal pasajero. Si se encuentra con un psicótico cree que se soluciona con medicinas o con la internalización en el psiquiátrico. No hay lugar para la palabra, el loco es loco y no hay cura ¿por qué habría de ser escuchado?

Los planes de “salud mental” se interesan más por el costo que significa para el estado el mantener a un loco, que realmente pensar en su bienestar. Se le dan medicinas para procurar su recuperación, si esto no funciona, se le dan medicinas y además se lo interna en un hospital psiquiátrico. Sin embargo, también hay una nueva tendencia: la desinternalización del paciente psicótico para que la reclusión no deteriore al sujeto y para que la familia se haga cargo.

La llamada “salud mental” da cuenta de la visión que se tiene sobre el malestar psíquico. Los manuales que clasifican las enfermedades procuran que se dirija a una cura de esas “enfermedades mentales”, sin pensar en la diferencia entre la psique (mente) y soma (cuerpo), que pone en duda la cuestión de la posibilidad de la cura cuando se trata de la psique. Sin interrogarse sobre esto, se sigue manteniendo el modelo médico en busca de la cura para el paciente con los fármacos que aunque no aseguren el bienestar para que el paciente se “cure” o esté mejor, a nombre de la medicina, hay que prescribirlos.

Así, a los psicóticos se los toma como la muestra de un fenómeno, de un conjunto de síntomas que están por fuera de la realidad y que nada pueden decir de su malestar. La propuesta del psicoanálisis entonces, resulta refrescante porque concede al sujeto un lugar del que está siendo desplazado: el lugar de la palabra, del deseo. El trabajo que Lacan realiza en relación a la psicosis, es oportuno en este contexto porque presenta una visión distinta del sujeto psicótico, es estructuralmente distinto pero también tiene palabra, tiene malestar y angustia, no es solamente un fenómeno, es un “sujeto” que puede desenvolverse y destacar en ciertos ámbitos sociales, Schreber es muestra de ello.

Hablar de psicosis entonces, es como hablar de la neurosis o de la perversión en tanto que son estructuras fundadas en relación al lenguaje y a la falta. El discurso analítico tiene una posición distinta a la del discurso médico porque da cuenta de la subjetividad de los sujetos, sin la necesidad de hacer una clínica destinada a normalizar al paciente.

Es importante además, reconocer el aporte que la literatura y el cine otorgan a la singularidad, los libros y las películas recogen y cuentan historias, lo mismo sucede con el psicoanálisis que produce encuentros con la historia de un sujeto. El interés por el acontecer psíquico de un sujeto es retratado en las novelas y en las películas. La literatura muchas veces muestra “...las cosas en bruto: conductas, resultantes, rupturas, catástrofes, irrisiones. Allí donde debería haber una despedida hay un dibujo en la pared; en vez de un grito, una caña de pescar; una muerte se resuelve en un trío para mandolinas.” (Cortázar, 2011, p. 607)

Con las paradojas de un sujeto cualquiera, la literatura y el cine hacen que la intriga y el descubrimiento recubran al lector y a quién gusta del cine con un interés por los protagonistas y antagonistas que difícilmente se consiguen en otros ámbitos. Bien puede ser un loco que hable de su cotidianidad o un asesino que no puede dormir tranquilo pensando en su próxima víctima, quienes se interesan en la historia se fascinan por la particularidad de los personajes, son únicos, irrepetibles, no son normales y difícilmente el espectador de la historia cambiaría a su personaje.

La propuesta del psicoanálisis es similar, no se quiere cambiar a nadie, no hay resultados efectivos. Hay la apuesta por la singularidad de un sujeto y su malestar. Se busca reivindicar el lugar de la subjetividad independientemente de la estructura.

Por esta razón en la presente disertación: “La estructuración del cuerpo en las psicosis”, se ha realizado la revisión bibliográfica de diferentes conceptos fundamentales

para la teoría psicoanalítica que dan cuenta de la singularidad del sujeto y de su estructura. Al ser una disertación teórica, la pregunta que se planteó y en base a la cual se trabajó es: ¿Cómo se da la estructuración del cuerpo en la psicosis? Este cuestionamiento se ha respondido gracias a las elaboraciones freudianas y lacanianas, a partir de las cuales, se plantean tres estructuras en tanto están determinadas por la posición del sujeto en el lenguaje: la neurosis, la perversión y la psicosis.

Gracias a que el trabajo se realizó en relación a la estructura, el objetivo de la disertación: “Analizar la estructuración del cuerpo en la psicosis” pudo realizarse, ya que la comprensión de la estructura permite dar cuenta del sujeto y de su constitución en tanto el cuerpo es un cuerpo que habla, que se funda a partir de la relación con el Otro, teniendo sus particularidades en las psicosis, cuando el sujeto se ha constituido con la forclusión del *Nombre-del-Padre*.

En el primer capítulo, se aborda la “Estructuración del cuerpo”, donde después de una breve introducción sobre qué es estructura, se realiza un recorrido por el narcisismo, en donde el yo se constituye en el sujeto. Se empieza con la relación del cuerpo y el Otro, tomando el concepto de pulsión que da cuenta de que el sujeto sobrepasa a lo biológico y se funda en el lenguaje; a partir de este concepto se puede dar cuenta del autoerotismo en el niño y el narcisismo que le sigue articulándolo con estadio del espejo, gracias a la articulación que se realiza entre Freud y Lacan. Este capítulo, da cuenta de la estructuración del sujeto en falta, en donde el sujeto responde a la lógica del lenguaje y de la cultura, lo que permite articular el tema del cuerpo, la castración y el lenguaje.

El tema de la psicosis, empieza a desarrollarse en el segundo capítulo a partir del desarrollo de los tres tiempos del Edipo y su articulación con los mecanismos fundantes de la estructura en relación con el falo. A partir de esto y de ubicar a la forclusión, se habla de estructuración del sujeto de la psicosis, en relación a los movimientos de alienación y separación, que se presentan como una “elección impuesta” para el sujeto, elección que ya de antemano está determinada por el Otro.

Finalmente, el tercer capítulo es un trabajo de articulación y anudamiento entre lo desarrollado en los apartados anteriores, dando como efecto una propuesta en relación a la estructuración del cuerpo en las psicosis. Se presentan viñetas, que permiten tener un soporte en la presentación del capítulo, de los casos: “Sobre un caso de Paranoia descrito

biográficamente (Schreber)” (Freud S. , (1911 [1910]) / 1991) y “El arrebató de Lol. V. Stein” (Duras, 2010), que además intentan dar cuenta de la estructuración del cuerpo en la psicosis, pues todos ellos están ligados a la relación del sujeto y el Otro con la problemática que trae la forclusión.

En consecuencia, se realiza una aproximación al concepto de lo real, del fantasma y del objeto a, en donde la alucinación y el automatismo mental dan cuenta de lo que sucede en relación al real y al cuerpo en la psicosis, y además de cómo lo real, retorna desde fuera sobre el cuerpo como aquello que no se constituyó dentro.

Los conceptos abordados a lo largo de esta disertación permiten una diferenciación entre los diferentes modos en los que la psicosis puede presentarse en el sujeto, haciendo alusión a la repercusión que el lenguaje tiene sobre el cuerpo, y a que aunque el mecanismo de la estructura es la forclusión, no toda psicosis es igual.

Finalmente, el presente trabajo abre la posibilidad de trabajar a la psicosis de una forma distinta. Si bien es cierto, es una revisión teoría y breve de lo que sucede en esta estructura, el lector es invitado a diferenciar los modos en los que la psicosis se presenta y a trabajar con ellos, pues la generalidad de esta disertación incita a buscar lo singular en cada sujeto, por fuera de clasificaciones insidiosas, y en muchos casos carentes de sentido.

CAPÍTULO I: Estructuración del Cuerpo

La noción de estructura es fundamental en la teoría psicoanalítica, es a partir de ella que se puede hablar de sujeto, en tanto que está inserto en el lenguaje y atado al Otro. Al hacer mención a la estructuración del cuerpo, se hace referencia a la producción de un sujeto que, en su recorrido, es atravesado por el lenguaje. Es decir, es un cuerpo hablante que supera la noción de puro organismo y que es algo más que un sistema de órganos que le permite funcionar y vivir.

Así, la estructuración del cuerpo hace referencia al andamiaje necesario en el cuerpo, a esa base imprescindible que erige un Otro para que el sujeto sea el sujeto del inconsciente, es el cuerpo que erogenizado es también cuerpo del lenguaje, ya Freud (1915 / 2000e), planteaba a la pulsión como un concepto fronterizo entre psique y soma:

... la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (p. 117).

De esta manera, Freud da énfasis a que hay algo que sobrepasa a lo corporal y que sin embargo, el lenguaje no alcanza a decirlo en su insuficiencia. Es aquel cuerpo atravesado por el significante, el que estructura al sujeto gracias a las identificaciones con el Otro, es aquel cuerpo agujereado, una superficie imperfecta que se constituye a partir de los rasgos de aquel Otro primordial, y es un cuerpo que escapa de lo biológico y que funciona bajo la lógica del inconsciente, es decir del significante.

Además, esta exigencia de trabajo impuesta a lo *anímico* es lo que permite el apareamiento de la estructura, es algo que está fuera de un registro objetivo, no se puede medir, es aquello que se escucha, que se interpreta, de ahí que la estructura para Lacan sea el lenguaje, así lo dice Miller "... para él, estructura –tomando la palabra en sentido estricto– quiere decir lenguaje" (1990, p. 89).

Gracias a los trabajos de Claude Lévi-Strauss, de los lingüistas estructuralistas –en especial de Saussure y Jakobson– de la teoría de conjuntos y de la topología, Lacan a lo largo de su obra desarrolla la teoría del significante, y se apropia de un concepto fundamental

para su elaboración: el de estructura, el que desarrolla sin ser un anti-sustancialismo¹, es decir no hay esencia ni sustancia en el sujeto, sino que hay oposiciones y diferencias, hay singularidad y relaciones, “los elementos se definen unos en relación a otros” (Miller, 1990, p. 93). El sujeto es una construcción desde un Otro que poco tiene que ver con lo innato, aparece en las relaciones y los lugares con respecto al lenguaje.

La relación del sujeto con el Otro se engendra toda en un proceso de hiancia, el significante representa a un sujeto para otro significante, pues, cuando aparece un significante seguido de otro que hacen efecto de sentido, el cuerpo logra organizarse como un todo (en relación a lo imaginario) gracias a lo que ha sucedido con la pulsión, con el narcicismo y con la relación con el Otro que dan paso a la castración, logrando así pertenecer a la lógica del inconsciente, gracias a que la estructura del lenguaje preexiste al sujeto.

Lo constitucional [dice Jerusalinsky] pasa a ser originario, es decir, el tejido de significaciones que preceden al sujeto y guían su constitución. Las experiencias infantiles se configuran como inscripciones, pues tienen el valor de letras de un texto (el texto de la novela familiar). La situación actual se configura como la forma en que el sujeto se representa en el discurso social. Precisamente el Otro social no es un personaje concreto –aun cuando se invista en representantes imaginarios- sino una abstracción interiorizada en términos de discurso. Así se hace evidente la razón de que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje y, por consiguiente, de que responda de modo tan sensible al campo de la palabra (2011, p. 75).

En el Psicoanálisis además, se diferencian tres categorías nosográficas como principales, pues constituyen todas las posiciones subjetivas posibles del sujeto en su relación con el Otro: neurosis, perversión y psicosis; excluyéndose las tres, es decir o se es la una o se es la otra.

La neurosis, es aquella estructura que aparece gracias a la *represión* (Verdrängung) la que se posiciona en relación a la demanda y el deseo gracias a la falta dada por la castración, y en la clínica aparece como: histeria, neurosis obsesiva o fobia, categorías distinguidas principalmente por la “cobardía para con el propio deseo” (Assoun, 2004, p. 138).

¹ “El sustancialismo es una doctrina que supone, que implica, que se funda en la diferencia de las propiedades intrínsecas de los seres, implica entonces que existen sustancias –sustancias concretas- dotadas de propiedades, que pueden ser consideradas en sí mismas” (Miller, 1990, p. 91).

La perversión aparece por la *renegación* (Verleugnung) del falo, por un lado quiere asegurarse de hacer como si lo tuviera, negando la falta, y por otro asegurar la ley de goce, su posición es “... como identificación con el objeto (a) para servir, de esa manera, como instrumento de goce del Otro” (Mazzuca, 2005, p. 158).

Y la psicosis, aparece por la *forclusión* o rechazo (Verwerfung) del *Nombre-del-Padre*, por lo tanto es el fracaso de la *Metáfora Paterna*, y a diferencia del sujeto neurótico, en la psicosis el sujeto está sin falta, razón por la que “«lo que fue forcluido de lo simbólico aparece en lo real»” (Assoun, 2004, p. 141).

1.1. Relación del cuerpo y el Otro

Cada niño al ser concebido está encadenado al deseo del Otro, deseo que es necesario para su estructuración, pero que también deberá ser mediado por una ley. Desde que está en el vientre materno es un ser que se va haciendo un lugar en la familia, en él se ponen los deseos frustrados y las fantasías de sus progenitores, el niño es imaginado, se le otorgan características que dan cuenta del deseo de los padres y constituyen un elemento fundamental en el desarrollo posterior del niño, así como es un preámbulo para insertarlo en la cultura.

Esto, ya se sabe. Va mucho más lejos, tan lejos como la ley cubre al lenguaje, y la verdad a la palabra: ya su existencia es litigada, inocente o culpable, antes de que venga al mundo, y el tejido tenue de su verdad no puede dejar de coser ya un hilo de mentiras. Es por eso incluso, a grandes rasgos, por lo que habrá error sobre la persona, es decir, sobre los méritos de sus padres, en su Ideal del Yo; mientras que en el viejo proceso de justificación en el tribunal de Dios, el nuevo monigote recurrirá a un expediente de antes de sus abuelos: bajo la forma del superyó de ellos (Lacan, 1960 / 2009c, p. 622).

Cuando nace, se enviste al recién nacido –a quien no se le supone un deseo propio– con los cuidados que requiere para que sobreviva, así como se le va dando el estatuto de sujeto, pues no solamente se suplen sus necesidades vitales sino que se le otorga un sitio en el mundo, no es solamente un organismo, sino también un infante deseante que tiene un nombre y que gracias a que la madre puede investirlo y permite la entrada del padre, se inscribirá en la cultura, dando el paso de lo natural a lo cultural, haciéndolo un sujeto inscrito en el lenguaje, es decir en lo social.

Freud (1916 /2009a), hace señalamientos importantes respecto al investimento que la madre realiza sobre el infante, él dice que “las primeras mociones de la sexualidad aparecen en el lactante en otras funciones importantes para la vida” (p. 286), así la madre que nutre a su hijo, al darle de lactar, está no solamente satisfaciendo la necesidad biológica sino que también, está proveyéndolo de placer. Por ejemplo, cuando el niño chupa el seno no solamente se está alimentando, sino que también realiza esta acción por el simple placer que se produce en la zona que se ha erogenizado: la boca, tomando como objeto el seno.

Este es un punto crucial en la vida del infante porque a partir de la lactancia, el pecho materno se convierte en el primer objeto de la pulsión, empezando la sexualidad del niño, gracias a este momento se establece una primera relación con el Otro, hay un reconocimiento del niño de lo externo y de lo propio, explora el placer que se produce en sí mismo. Introduce

su mano en la boca y descubre que puede obtener placer en su cuerpo con otra parte de su cuerpo, así que chupetea, conoce que sus extremidades le proveen del placer que el pecho materno ofrece. El niño explora con cierta independencia y aprende que hay ciertos lugares diferentes a la boca que proporcionan un grado de satisfacción elevado, a esto Freud en Tres Ensayos de Teoría Sexual (1905 / 2000f) le llamó *autoerotismo*.

Conforme el niño crece, su conocimiento es más vasto, ha tomado conciencia de otras formas de obtener satisfacción, ya que distingue (aunque no totalmente) un adentro de un afuera, este es el momento en que sabe que la contención y la expulsión de las heces y de la orina le proveen una satisfacción de la que antes no había tenido noticia, es un momento importante porque por un lado el niño toma a estos “deshechos” como tesoros (no tienen un valor negativo sino que se ofrecen como un regalo para su objeto de amor), y por otro, dotan de autonomía al infante debido a que solamente él puede controlarlos, logrando este control en la relación con el Otro, siendo aquí la zona erogenizada: el ano, cuyo objeto son las heces.

Estas etapas (pregenitales) son imprescindibles para la constitución psíquica de un sujeto y de su cuerpo, pues el *autoerotismo* “se trata de una libido que constituye los objetos de interés” (Lacan, (1953-1954) /1996), siendo así que el cuerpo propio se constituye en el primer objeto de interés para el infante, y aunque desconoce que su cuerpo es uno solo, es gracias a que él puede tocarse que empieza a descubrir un cuerpo erógeno, que podrá formar una imagen de sí mismo como unificada en un estadio posterior, como lo menciona Freud (1916 /2009b) en la 21ª conferencia de introducción al Psicoanálisis:

El resto del desarrollo tiene expuesto de la manera más sucinta, dos metas: en primer lugar abandonar el autoerotismo, permutar de nuevo el objeto situado en el cuerpo propio por un objeto ajeno; en segundo lugar, unificar los diferentes objetos de las pulsiones singulares, sustituirlos por un objeto único. Esto puede lograrse, desde luego, cuando dicho objeto único es a su vez un cuerpo total, parecido al propio (p. 300).

De esta forma, se introduce el *Narcisismo*, estadio fundador de la imagen del cuerpo del que finalmente aparecerá un sujeto.

El término *Narcisismo* proviene del mito de Narciso, personaje caracterizado por su extraordinaria belleza y por estar orgulloso de ella, no obstante, de acuerdo al mito Narciso viviría mientras no se vea a sí mismo, así pues, conocedor de su belleza pero sin haberse visto, trataba con desprecio a todas sus pretendientes, ellas enojadas pidieron venganza ante

su desdén. Un día Narciso llegó a un arroyo claro y limpio, nada lo manchaba, él se extendió para calmar su sed y al mirarse se enamoró de su propio reflejo en el agua. “Al principio trató de abrazar y besar al bello muchacho que veía ante él, pero pronto se reconoció a sí mismo y permaneció embelesado contemplándose una hora tras otra. ¿Cómo podía soportar el hecho de poseer y no poseer al mismo tiempo?” (Graves, 1985, p. 358). Triste, por no poder ser poseedor de su propia imagen, se ahogó en el arroyo, creciendo después de su muerte una flor llamada Narciso.

A partir del mito, Freud (1914/ 2000b) desarrolló su concepción del *narcicismo* como fundamental en la constitución subjetiva de la imagen y del yo, del investimento de uno mismo y del otro. En “Introducción del Narcicismo” de 1914, dice que *narcicismo* es: “el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo” (pp. 71,72). Introduciendo así, la noción de *narcicismo primario*, estadio inmediato al *autoerotismo*, donde el niño encuentra satisfacción en sí mismo, pues la libido yoica enviste al cuerpo surgiendo la representación de que tiene un cuerpo, reconociéndolo y apropiándose de él (se empieza a organizar una imagen del cuerpo constituida con aquello que ya está de antemano). El niño empieza a tener una idea de “unidad” aunque muy escuálida, se aleja de sí todo aquello que pueda empequeñecer al yo, y se agrega una “nueva acción psíquica” (Freud S. , 1914/ 2000b, p. 73) en la que la libido enviste objetos llamándose *libido de objeto*.

La *libido de objeto*, está determinada por las primeras experiencias de satisfacción, es decir, el niño es capaz de invertir no cualquier objeto, sino que debe cumplir con ciertas características, debe cautivarlo, satisfacerlo, razón por la cual la *libido de objeto* se concentra, se fija o abandona el objeto, no sin antes obtener una satisfacción que implica la extinción parcial y temporal de la libido, siendo el sujeto capaz de tomar al yo como objeto una vez que este se ha desarrollado, ya que “No existe en el origen una unidad comparable al yo, y el *Ich* tiene que desarrollarse” (Safouan, 2005, p. 25).

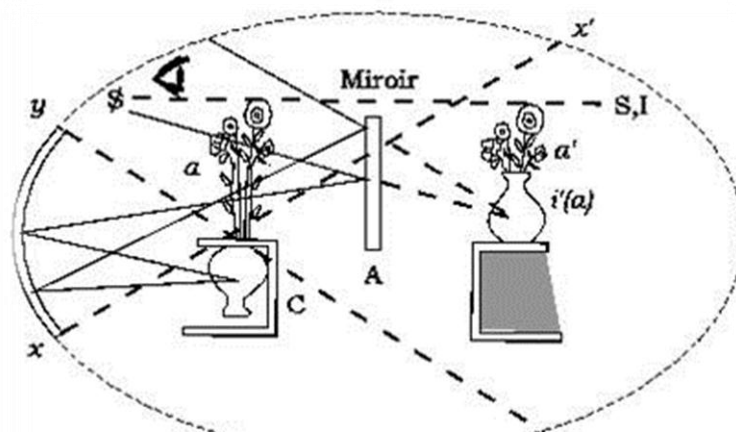
Entonces a esto, Freud le llamó *narcicismo secundario*, el cual se edifica sobre el *narcicismo primario*, constituyendo el recurso de invertir objetos ajenos a sí mismo, pero también de retirar la libido de estos objetos para recogerla en el interior del yo (tomando al yo como objeto), de forma que se repita esta acción, es decir, la libido que está en uno mismo puede invertir otros objetos, alcanzar cierta satisfacción, retirarse del objeto, volver al yo e invertir de nuevo otros objetos, esta libido tiene el nombre de *libido narcisista*.

Podría parecer una explicación simple, sin embargo el narcicismo es un proceso complejo cuyo resultado es: la formación del yo y de la unidad del cuerpo, la elección de objeto y el Complejo de Edipo.

En relación a la formación del yo, Lacan en los “Escritos Técnicos de Freud” menciona que el yo “debe tener una relación muy estrecha con la superficie del cuerpo” ((1953-1954)/1996, p. 253) debido a que el yo está formado por una serie de identificaciones que provienen del otro, es la imagen que se ve como completa la que estructura a la imagen propia, esto sucede en el estadio espejo, introducido por Lacan con el esquema óptico.

El esquema óptico es un modelo tomado de la física óptica, y fue modificado por Lacan invirtiendo el lugar de las flores y del jarrón, e introduciendo un espejo plano para que la función del Otro adquiriera sentido y se establezca una determinada posición del sujeto.

Hay una hipótesis de la óptica que dice que a cada punto dado en el espacio real le corresponde un punto y solo uno en otro espacio imaginario. En ocasiones el espacio imaginario y real se confunden; tal es el caso de las imágenes reales. Tal vez lo más importante sea retener que no habría espacio imaginario sin una ley simbólica que hiciera corresponder un punto con un punto. Sin ley simbólica no habría construcción científica (Carbajal, D'Angelo, & Marchilli, 1986, p. 98).



Esquema óptico. Imagen tomada de: Rodrigues, 2012
Imagen 1

En breves rasgos, el esquema (Imagen 1) está constituido por dos espejos: uno cóncavo a la izquierda y un espejo plano en la mitad. Entre el espejo plano y el espejo cóncavo hay una caja (abierta en su lado izquierdo), dentro de ella hay un jarrón y sobre ella

una flores. Gracias a que la caja está abierta, el espejo cóncavo re-produce una *imagen real*² y el jarrón que está dentro de la caja se observa invertido (observándose desde determinado punto visual) como continente de las flores; la función del espejo plano en el esquema es la de producir una *imagen virtual* que reproduce algo que está ahí pero producido por la ilusión que causa el espejo cóncavo, es decir al jarrón como continente de las flores.

¿Qué es lo que pretende explicar Lacan con este modelo? Este modelo es la base del estadio del espejo y cada uno de sus elementos tiene un papel importante. Las modificaciones que realizó dan un lugar fundamental al Otro, en la medida en que está representado por el espejo plano. La ilusión es simple, el papel del espejo cóncavo es que el jarrón desde un punto determinado se mire como continente de las flores, sin dejar lugar a la duda de que el florero este ahí. Al introducir el espejo plano, se reafirma la imagen como “verdadera” en el sentido que el jarrón contenga las flores como una imagen consistente.

Así, el modelo intenta otorgar un sentido a cada elemento del que está compuesto, por un lado el jarrón como *imagen real* representa a lo biológico, es decir, el organismo que está perdido y que es imposible para el sujeto, y el jarrón como imagen virtual es el *continente -C-*, representa a las zonas erógenas y por lo tanto al cuerpo agujereado. Las flores reales representan al objeto perdido *-a-* y las flores virtuales representan los objetos parciales pulsionales *-a’-*; el espejo plano es la representación del Otro *-A-* como mediador, el que ofrece la sensación de unidad del cuerpo, ya que proporciona una imagen organizada y consistente en sí misma, proyectada a través del espejo plano y; la *imagen virtual* producida por el espejo plano (a la derecha de la imagen) representa la producción del ideal del yo *-i’a-*.

El esquema óptico representa así, la función del Otro en la constitución de la imagen del cuerpo mostrando que la dimensión de lo imaginario tiene un papel fundamental, en donde el sujeto se constituye como uno gracias a que se produce una visión gestáltica de sí mismo. La forma del cuerpo se ve como unívoca y completa gracias a la ilusión promovida por el Otro porque hay un reconocimiento “...que simboliza la permanencia mental del yo

² Imagen Real y virtual: Lacan en el Seminario 1 “Los escritos técnicos de Freud” dice:

“Las imágenes ópticas presentan variedades singulares; algunas son puramente subjetivas, son las llamadas virtuales; otras son reales, es decir que se comportan en ciertos aspectos como objetos y pueden ser consideradas como tales” ((1953-1954) /1996, p. 124), entendiéndose a la imagen real como aquella que se replica por la convergencia de los rayos luminosos en un punto determinado en donde se invierte la imagen (se ve lo que no está visible), mientras que la imagen virtual se produce cuando los rayos divergen, razón por la cual la imagen debe ser visible para ser reproducida .

(...) al mismo tiempo que prefigura su destinación alienante” (Lacan, (1953-1954) /1996, p. 101), así como permite el establecimiento de la relación del cuerpo con la realidad.

El estadio del espejo tiene dos momentos (como el *narcicismo* del que habla Freud), en un primer momento el niño se ve indiferenciado, imperfecto y fragmentado en el espejo, hay lugar a la gestalt de la forma humana pero que ofrece una diferenciación muy escueta de sí mismo con el Otro, aparece un yo poco formado y frágil, la visión que el niño tiene frente al espejo es que otro está en ese lugar, y es gracias a ello que Lacan asume que “la reflexión en el espejo manifiesta una posibilidad noética original, e introduce un segundo narcicismo. Su *pattern* fundamental es de inmediato la relación con el otro” (Lacan, (1953-1954) /1996, p. 193).

El segundo momento es de júbilo para el sujeto porque se da cuenta que quien aparece en el espejo es él, pero principalmente logra captar que no es un otro igual a él, sino que es solamente una imagen de sí mismo gracias a que hay otro que lo reafirma con su propia imagen, de esta forma se da el momento de la identificación, el niño no solo se ve a sí mismo en el espejo, sino que ve a un otro y se diferencia de él. “El sujeto localiza y reconoce originariamente el deseo por su intermediario no sólo de su propia imagen, sino del cuerpo de su semejante” (Lacan, (1953-1954) /1996, p. 223). La imagen del otro proporciona esa organización necesaria para decirse uno, es un momento de “transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de base está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del termino antiguo *imago*” (Lacan, 1948 /2009b, p. 100). Es un momento anterior al que corresponde al desarrollo biológico en el que el niño puede tomar el control motor de su cuerpo, él puede mirarse y obtener “un dominio imaginario de su cuerpo” (Lacan, (1953-1954) /1996, p. 128). Este momento de júbilo implica gran agitación, pero ni el desorden de su alegría ni su vago desarrollo motor, logran fragmentar aquella imagen que lo constituye y que más tarde le permitirá decir *Yo soy uno*, en este momento aquello que es imaginario comienza a diferenciarse de lo simbólico, haciendo del cuerpo un significante para el sujeto, y su estatus de ser puramente biológico se pierde entre lo simbólico y lo imaginario, aquí aparece una tensión agresiva, tensión dada por un cuerpo cuyo desarrollo biológico no es equivalente a la imagen que aparece en su cuerpo.

Sin embargo, la constitución del yo tiene 2 características: *a)* no solamente implica una afirmación del sí mismo, sino que, permite reconocer al Otro (**A**) como tesoro de los

significantes, de forma que se introducirá el tema del lenguaje que como ya se ha mencionado, es la estructura misma del sujeto, y *b*) el yo es un lugar de desconocimiento que permite al sujeto alienarse a otro que tiene también una imagen.

... el estadio del espejo no se limita de ningún modo a connotar un fenómeno que se presenta en el desarrollo del niño. Ilustra el carácter conflictivo de la relación dual. Todo lo que el niño capta al quedar cautivo de su propia imagen es precisamente la distancia que hay entre sus tensiones internas, mencionadas en aquel informe, y la identificación con dicha imagen (Lacan, (1956-1957) /1994, p. 17).

Se puede así dar cuenta, de que si bien es cierto la afirmación de la imagen de sí mismo en el espejo es un momento importante, lo que sostiene esta afirmación, es la mirada del Otro, mirada que da un lugar al niño y que funciona como corte, pues si el niño en aquel momento de júbilo no tuviera la respuesta de ese Otro, tal y como Narciso se perdería en su propia imagen, ahogándose en ella.

La construcción del narcicismo, está dada porque hay un Otro primordial que lo sostiene y permite un paso de lo imaginario -de lo dual o especular- a lo simbólico, constituida por una nueva lógica con respecto a un tercero, es decir dada por la castración en su paso por el Complejo de Edipo.

Es importante además, hacer una diferenciación esencial en la concepción Freud y de Lacan con respecto al yo, para Freud el sujeto es capaz de tomar al yo como un objeto, ya en “Introducción del Narcicismo” (1914/ 2000b) menciona que el yo es tomado como objeto, un objeto que se diferencia de otros, y que se permite tomar características de otros objetos apropiándose de ellos. Lacan a diferencia de Freud, plantea al yo en tanto objeto pero también que el yo se estructura gracias a que la imagen del cuerpo toma consistencia, esta firmeza es dada por Otro y tomada para sí del registro de lo imaginario, diferenciando al yo como: *je* y *moi*:

Lo importante es la recíproca, que en todo momento debemos tener presente: el yo³ no es el yo (*je*), no es un error, en el sentido en que la doctrina clásica hace de él una verdad parcial. Es otra cosa, un objeto particular en el interior de la experiencia del sujeto. Literalmente, el yo es un objeto: un objeto que cumple una determinada función que aquí denominamos función imaginaria (Lacan, (1954-1955) /1997, p. 73).

³ Aquí Lacan se refiere al Yo como moi

Podría preguntarse si en este punto, el pensamiento de Lacan y de Freud se diferencian, pero no, el que el yo sea tomado como un objeto y como una imagen a la vez no es contradictoria, sino que permiten dar cuenta del anudamiento que el sujeto va realizando en “sí mismo”, de su cuerpo en tanto lo real, lo simbólico y lo imaginario, gracias a que el yo como una estructura necesaria, hace que aparezca un esbozo de sujeto que se consolidará con la trama edípica. Lacan ((1954-1955) /1997), se esfuerza en diferenciar al yo (*je*) que distingue al sujeto que habla del yo (*o moi*) como instancia narcisista, “... el yo en ninguna circunstancia puede ser otra cosa que una función imaginaria, aun cuando en cierto nivel determine la estructuración del sujeto” (p. 84).

Por consiguiente, el yo es un función imprescindible para la constitución del sujeto, este yo se construye, se diferencia del ello durante el desarrollo del infante, y poco a poco se constituye como una unidad gracias a que el cuerpo puede ser visto como uno, de forma que sin cuerpo no hay yo, pues es la unidad que se aparenta en su imagen, la que permite la consistencia necesaria para que el lenguaje aparezca como estructura en el sujeto, en su relación con el Otro y los otros.

1.2. Cuerpo y lenguaje

Se ha nombrado ya la constitución de un sujeto en una relación de dependencia con el Otro, a partir del concepto de pulsión, pues a partir de ésta el sujeto es algo que sobrepasa al organismo, es un cuerpo que significa algo más que un conjunto de funciones que trabajan sincronizadamente para sostener la vida. La pulsión permite introducirse al tema de la necesidad/demanda/deseo y por lo tanto del lenguaje

La pulsión en sí nunca puede ser satisfecha. Se tiene hambre, aun así después de saciado el apetito, se vuelve a tener hambre y no de cualquier cosa sino de algo de lo que el sujeto gusta, esto no sería posible sin el lenguaje, que como estructura pone al sujeto en una dinámica diferente a la de la necesidad, que es la de la demanda y el deseo.

También el lenguaje preexiste al sujeto, el niño nace inscrito en una cultura transmitida a través del lenguaje, desde donde se suponen expectativas sobre él, se espera que el niño responda a la demanda del Otro de alguna manera, tomando desde los otros algunas pocas palabras para relacionarse, sin saber que el lenguaje también los supera a ellos, ya que las palabras nunca les son suficientes.

Conforme el niño se introduce en el lenguaje “lo que el niño demanda al Otro, en relación con sus necesidades, no es la satisfacción sino la presencia de ese Otro que ha de situarse más acá de las necesidades que puede colmar” (Eideltztein, 1996, p. 54). Exigiendo entonces, el reconocimiento de sujeto que proviene desde aquel Otro gestor de las identificaciones y del lenguaje, un reconocimiento que ha de pasar por el cuerpo y que con el estadio del espejo se presenta en una relación del sujeto con su semejante.

Es esta captación por la *imago* de la forma humana, más que una *Einfühlung* cuya ausencia se demuestra de todas las maneras en la primera infancia, la que entre los seis meses y los dos años y medio domina toda la dialéctica del comportamiento del niño en presencia de su semejante. Durante todo ese periodo se registrarán las reacciones emocionales y los testimonios articulados de un transactivismo normal. El niño que pega dice haber sido pegado, el que ve caer llora. Del mismo modo es en una identificación con el otro como vive toda la gama de las reacciones de prestanda y de ostentación, de las que sus conductas revelan con evidencia la ambivalencia estructural, esclavo identificado con el déspota, actor con el espectador, seducido con seductor (Lacan, 1948 /2009b, p. 117).

En relación a la identificación y al reconocimiento, hay un fenómeno muy importante durante la estructuración del niño, a este fenómeno Lacan (1948/2009b) le llama transactivismo, que va de la mano con la identificación del niño con el Otro y que fortalece su estructura en relación al cuerpo.

En el caso particular del transactivismo, el proceso pasa necesariamente por el cuerpo, porque este está comprometido en una vivencia que lo afecta de otra manera que un sentimiento, que no puede ser más que moral. El cuerpo es aquí el lugar de encubrimiento por el cual el mundo toma forma y consistencia para el niño. Se comprende que el acceso a lo simbólico que representa la identificación del niño con el discurso de la madre concierna al cuerpo en cuanto no es únicamente cuerpo imaginario sino también cuerpo de lenguaje, de significantes y de letras” (Bergès & Balbo, 1999, p. 10).

Bergès y Balbo (1999), lo distinguen en dos momentos:

En el primero, un niño se cae, se golpea y se levanta como si nada hubiera pasado, la madre al observar esta escena grita, dice “¡ay!”. Lo particular en el acontecimiento, es que el niño no siente en primera instancia el dolor producido por el golpe sino que lo siente después de la expresión de dolor de su madre, quien sí ha sentido el golpe y con un acto de lenguaje (“¡ay!”) logra transmitir el dolor a su hijo. De forma que, los momentos transactivistas logran constituirse como un rasgo de identificación con el Otro, en la medida en que el niño empieza a apropiarse del dolor sintiéndolo por sí mismo. Gracias a este primer momento, el niño supone un saber en la madre sobre el cuerpo y sobre el dolor que él desconoce. Así, cuando el niño reconoce el dolor en su cuerpo y lo expresa, la madre lo toma como una demanda de su hijo, aunque no es más que su propio deseo (de ella) que regresa invertido suponiendo en el niño cierta satisfacción, promoviendo en el niño la pregunta sobre el lugar y el deseo del Otro, y de su propio lugar como sujeto – ¿che vuoi?-, obteniendo el niño respuestas basadas en la suposición -el Otro quiere que yo... dice el niño para sí mismo- y que dan cuenta de la función materna. “¿De cuál? De la función que debe separar al niño del objeto alucinatorio del deseo; ¡hay por ende un transactivismo necesario porque permite al niño reaccionar ante un objeto real!” (Bergès & Balbo, 1999, p. 22).

Mientras que en el segundo momento, se supone un paso del transactivismo materno al de su igual, es la función materna la que permite que el niño asuma un transactivismo y que el niño tome una relación determinada con su cuerpo y con el del otro, el niño que golpea siente y dice que ha sido golpeado, dando cuenta de aquella ambivalencia estructural que

aparece con la diferencia que emerge en el estadio del espejo, y muestra constantemente el conflicto con el otro, que remite inevitablemente al Otro.

... mediante el cual el odio, que lleva a un niño a obligar a otro a sufrir lo que, sin embargo no experimentó, remite implícitamente al amor que la madre no debe manifestar más que a quien transitiva, y no al que va a tener que sufrir. En otros términos que el otro tenga que padecer a causa de un golpe que, no obstante no sintió en absoluto, siempre se debe a que mi madre me ama. (...) En términos generales, el transitivity hace que el sujeto pase al “nuevo sujeto”, al otro, ese semejante gracias a quien son posibles las inversiones concernientes al objeto y las concernientes a las metas, y por lo tanto al sujeto. Más exactamente, no hay nuevo sujeto pulsional sin transitivity anticipatorio (Bergès & Balbo, 1999, pp. 22,23).

Durante estos momentos transitivity, se determina una relación con el cuerpo que implica el concepto de goce, pues la función de la madre permite que se otorgue un sentido a la relación que un sujeto tendrá más tarde con su cuerpo, relación atravesada por las palabras y por el reconocimiento de que hay algo que se escapa y que sobrepasa al cuerpo, dando cuenta del paso del primer momento al segundo.

... no se trata de asumir el dolor del otro, sino el propio; y como por imitación, como por identificación con un rasgo materno, no reprime ese sufrimiento sino que lo deja surgir y le adhiere de inmediato su discurso, exactamente como lo haría su madre; en suma, se identifica con su madre, a quien de ese modo hace presente. Esta presencia-ausencia repite y evoca la división que producía el discurso de su madre, cuando estaba presente para decirlo. En síntesis, él ha introyectado la dialéctica de la presencia y ausencia (Bergès & Balbo, 1999, pp. 23,24).

En este sentido, el saber que la madre tiene sobre el cuerpo y que muestra a través de la experiencia dolorosa, pone al niño en la vía del límite y de la diferencia, pues, cuando el niño cae, golpea o es golpeado sucede con un objeto que muestra una exterioridad y que gracias al discurso transitivity de la madre, diferencia al yo del no yo, el cuerpo se constituye una superficie que se relaciona con los objetos que le rodean y que se presentan como exteriores, diferentes a él y como los que producen el dolor. “La introyección de la función transitivity de la madre por su hijo parece así cobrar todo su sentido, y la relación que un sujeto va a tener frente al dolor de su cuerpo se determina ulteriormente por ello” (Bergès & Balbo, 1999, p. 24).

De forma que, el niño no solo se encuentra con el límite en relación a su cuerpo y lo que no es su cuerpo, sino que se empieza a bordear un límite en relación al goce, goce que concierne al cuerpo pero que no lo atraviesa, se sabe del goce pero el cuerpo no da cuenta de él.

Además, a partir del estadio del espejo y del transitivismo, el sujeto entra en una dialéctica diferente, la experiencia con los objetos se torna en la desigualdad, el niño tiene un saber principalmente sobre: la presencia-ausencia, el adentro-afuera y del yo-no yo, experiencia observada y descrita por Freud en el texto “Más allá del principio de placer” (1920 /1992) al observar el juego de su nieto de año y medio de edad.

El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo «o-o-o-o», y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso «Da» {acá está}. Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. Las más de las veces solo se había podido ver el primer acto, repetido por sí solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin duda, correspondía al segundo (p. 15).

En este juego, Freud describe cómo el niño en un momento determinado tiene que significar la ausencia de la madre, momento que se manifiesta a través del juego, “en cuanto el niño trueca la pasividad del vivenciar por la actividad del jugar, inflige a un compañero de juegos lo desagradable que a el mismo le ocurrió y así se venga en la persona de este socios” (Freud S. , 1920 / 1992, p. 17). Implicando la formación del yo y por lo tanto la salida masoquista del estadio del espejo y del transitivismo, que “se sitúa en el punto de articulación entre lo imaginario y lo simbólico. (...) El masoquismo primordial debe situarse alrededor de esa primera negativización, de este asesinato originario de la cosa” (Lacan, (1953-1954) /1996, pp. 256, 258). En tanto que el niño gracias a la oposición (negativización) de la presencia-ausencia realizada con el esbozo de las palabras, lleva al plano de lo simbólico lo que le acontece y destruye la cosa al mismo tiempo que la conquista, así como gracias al transitivismo se permite “el paso del cuerpo de lo imaginario a lo simbólico” (Bergès & Balbo, 1999, p. 73).

¿Qué es este el masoquismo del que hablan Freud y Lacan? y ¿Qué implica la salida masoquista? Freud, en su texto “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915 / 2000e) hace referencia a los destinos de la pulsión que son: 1) el trastorno hacia lo contrario, 2) la vuelta

hacia la persona propia, 3) la represión y 4) la sublimación; de los cuales, la vuelta hacia la persona propia es aquella que habla del masoquismo, y por lo tanto la que se trabajará en este texto.

La vuelta hacia la persona propia dice Freud (1915 / 2000e):

... se nos hace más comprensible si pensamos que el masoquismo es sin duda un sadismo vuelto hacia el yo propio, y la exhibición lleva incluido el mirarse el cuerpo propio. (...) Lo esencial en este proceso es entonces el cambio de vía del *objeto*, manteniéndose inalterada la meta (p. 122).

Exponiendo, en comparación con los opuestos: sadismo-masoquismo y voyeur-exhibicionista, la vuelta hacia la persona propia y la vuelta de lo activo a lo pasivo, y con ello algo fundamental en la constitución subjetiva: “el cambio del objeto de la pulsión” (Bergès & Balbo, 1999, p. 55) que permitirá el establecimiento de los objetos de deseo, en el caso del sadismo-masoquismo a partir de tres momentos:

- a. El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto.
- b. Este objeto es resignado y sustituido por la persona propia. Con la vuelta hacia la persona propia se ha consumado también la mudanza de la meta pulsional activa en una pasiva.
- c. Se busca de nuevo como objeto una persona ajena, que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel de sujeto (Freud S. , 1915/2000e, p. 123).

En el primer momento (sadismo) descrito por Freud, se muestra aquella agresividad constituyente y originaria en el sujeto, en donde no reconoce a su yo como diferente de otros objetos, razón por la que inintencionadamente les produce daño; en el siguiente momento, se transmuta el papel activo sobre los objetos en uno pasivo, pues el infante empieza a identificarse con el objeto que sufre, notando que el objeto es diferente a él, momento que es imprescindible para llegar al tercero, en el que el sujeto toma un lugar masoquista, y se aliena al Otro. Es decir la salida masoquista del estadio del espejo, pone al sujeto en la vía de lo simbólico.

Cuando Freud hace referencia al voyeur-exhibicionista, también distingue tres momentos:

- a) El ver como *actividad* dirigida a un objeto ajeno.
- b) La resignación del objeto, la vuelta de la pulsión de ver hacia una parte del cuerpo propio, y por tanto el trastorno en pasividad y el establecimiento de la nueva meta: ser mirado.
- c) La inserción de un nuevo sujeto al que uno se muestra a fin de ser mirado por él (Freud S. , 1915/2000e, pp. 124, 125).

Desde estos momentos, se puede dar cuenta del cambio del objeto de la pulsión en el sujeto, primero el sujeto ve a los objetos circundantes, luego con el reconocimiento del cuerpo el sujeto se ve a sí mismo, y finalmente en ese reconocimiento con el Otro el sujeto busca ser mirado por él. Entonces el objeto no aparece ni en el sujeto ni en el Otro, sino que es un objeto perdido que se produce gracias a la relación del sujeto con el lenguaje, cuya función es “asegurarnos que somos y nada más” (Lacan, (1953-1954) /1996, p. 237).

Para Lacan ((1953-1954) /1996), la salida masoquista del estadio del espejo implica un paso hacia lo simbólico que proviene justamente del cambio del objeto de la pulsión, proceso que se ha descrito desde el surgimiento del narcisismo en el que el sujeto puede investir a un objeto diferente a sí mismo y así poco a poco afrontar la pérdida y la oposición que este produce, como el *fort/da* del que se habló antes. También el sujeto, empieza a hacer una distinción entre lo que le es interior y exterior, que con el Complejo de Edipo se consolidará.

Además Lacan ((1953-1954) /1996), reconoce en su lectura del texto “Pulsiones y destinos de pulsión” de Freud, que la salida del estadio del espejo es el reconocimiento del Otro, que lo pone en la vía del Complejo de Edipo.

Hay conexión entre la dimensión imaginaria y el sistema simbólico, en la medida en que en él se inscribe la historia del sujeto, no el *Entwicklung*, el desarrollo, sino la *Geschichte*, o sea aquello en lo que el sujeto se reconoce correlativamente en el pasado y el porvenir (Lacan, (1953-1954) /1996, p. 237).

Todo esto, pone al sujeto en la vía de lo simbólico siendo imposible para él escapar de ello, así como le es imposible escapar de su estructura imaginaria, pues, “el hombre sabe que es un cuerpo, aunque nunca lo perciba en forma completa, ya que se encuentra en su interior, sin embargo, lo sabe” (Lacan, (1953-1954) /1996, p. 262). Es decir, el cuerpo es la parte que se consolida en lo imaginario y aunque no deje de ser fragmentado, el sujeto puede verse como uno gracias a la mediación de la imagen (del espejo) que proviene del Otro.

Asimismo sucede con lo simbólico, que sitúa el sujeto en la dimensión de la palabra, hay una mediación realizada por el lenguaje y por esta razón el sujeto asume el deseo del Otro como propio, siéndole heredada una ley que lo insertará como sujeto del inconsciente, en la lógica del lenguaje como estructura del sujeto.

Esto sucede de forma lógica más no cronológica, no son momentos de desarrollo sino de inscripción en la historia de ese sujeto (inscripción que no deja de escribirse en el cuerpo) que se localiza en los registros: Real, Imaginario y Simbólico, pero que durante este proceso, lo imaginario prevalece porque se constituye el yo.

Para el sujeto, la desinserción de su relación con el otro hace variar, espejear, oscilar, completar y des-completar la imagen de su yo. Se trata de que la perciba en su completitud, a la cual nunca tuvo acceso, para que se pueda reconocer todas las etapas de su deseo, todos los objetos que aportaron a esa imagen su consistencia, su alimento, su encarnación. Se trata de que el sujeto constituya mediante reposiciones e identificaciones sucesivas, la historia de su yo (Lacan, (1953-1954) /1996, p. 269).

Este yo, permite que el sujeto se identifique con el Otro y por lo tanto con su discurso. Hay un nuevo sujeto que adopta una identificación no solo con la imagen del Otro, sino también con su discurso, el niño adopta ciertas palabras que ha escuchado en el decir de su madre, dando cuenta de que su propio discurso proviene del Otro que tiene un saber y que por ello permite la demanda.

CAPÍTULO II: El Padre y la Psicosis

El tema del padre sin duda alguna, es primordial en el Psicoanálisis porque permite acceder a una comprensión de la psique y de la estructuración del sujeto, que partiendo desde Freud hace énfasis en la función⁴ del padre, y que nada tiene que ver con lo biológico, sino, de cómo se posiciona entre la madre y el niño adoptando el lugar de metáfora entre la relación especular, fundando al sujeto de la neurosis y fungiendo como agente de la ley.

Desprovisto de la mediación paterna, para orientarse en un mundo con frecuencia descompuesto, pre-especular, fragmentado, el psicótico no dispone más que del eje imaginario; no obstante, en el seno de la multitud de los seres imaginarios, se introduce, como lo señala Lacan, “de una manera deformada y profundamente a-simbólica, la señal central de una mediación posible”. El trabajo del delirio genera la producción de padres míticos con una notable frecuencia. (Maleval, 1998, p. 118)

En el texto de Freud, “Tótem y Tabú” ((1913 [1912]) / 2011) hay una elaboración sobre el padre metaforizada por: a) la actitud de los pueblos primitivos ante el tótem o el tabú, y b) la necesidad de someterse a una ley haciendo referencia especialmente al incesto.

No se entiende bien por qué un instinto humano de profundas raíces necesitaría reforzarse por medio de una ley. No existe ley alguna que ordene a los seres humanos comer y beber, o les prohíba meter sus manos en el fuego. Los seres humanos comen y beben, y mantienen sus manos alejadas del fuego, instintivamente, por angustia ante unas penas naturales, y no legales, que se atraerían si violaran esas pulsiones. La ley solo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esforzar {Drängen} de sus pulsiones. No hace falta que sea prohibido y castigado por la ley lo que la naturaleza misma prohíbe y castiga. Por eso podemos suponer tranquilamente que unos delitos prohibidos por una ley son tales que muchos hombres los cometerían llevados por sus inclinaciones naturales (...) ello se funda en la intelección de los hombres civilizados de que satisfacer esas pulsiones naturales perjudicaría a la sociedad (Como se cita en: (Freud S. , (1913 [1912]) / 2011, p. 126)).

Partiendo de la ley, se introduce el tema del padre y del sacrificio en un intento de explicar la función del tótem en la horda, función que recae en salvaguardar el linaje y de

⁴ Se puede considerar la noción de función trabajada por Frege en su texto “Estudios sobre semántica” (1973) en el que dice que “... todo de lo que hablamos, es objeto o es función. Hay objetos y funciones. No hay nada más. Función es todo lo que no es objeto; objeto es todo lo que no es función.” (p. 10) y a partir de esto dirá que las funciones ponen las relaciones entre objetos.

distinguir a una horda de otra, constituyéndose así, la prohibición de tener relaciones incestuosas entre los integrantes de la fraternidad a través de una ley, pues si sucediera se castiga con la muerte.

Esta prohibición es construida por Freud ((1913 [1912]) / 2011, pp. 143, 144, 145) a través de un mito, ya que los pueblos aborígenes debieron tener un momento en donde debieron introducir la ley en lo simbólico, momento que recrea en el mito tomando como modelo el padre violento del que habla Charles Darwin en un determinado momento, de la siguiente manera:

El padre es poderoso y violento, accede a todas las mujeres y expulsa a los hijos hombres al crecer, los hijos expulsados se alían envidiosos del padre y deciden matarlo pensando en tomar su lugar, luego devoran al padre suponiendo que al devorarlo se apropiarían de su fuerza y poder (en un acto de identificación). Más tarde, aparecen sentimientos de culpa en los hijos que cometieron el asesinato y el padre se convierte para ellos en alguien mucho más poderoso de lo que fue en vida, ya que el padre muere pero su ley no desaparece, sino que sobreviene en *conciencia de culpa* y ellos adoptan la prohibición del padre para sí mismos de una forma más enérgica que en la época en la que el padre vivía. Por un lado, al matar al padre todopoderoso se convierten todos ellos en rivales y por lo tanto no pueden poseer a todas las mujeres, y por otro lado en la horda se instituye la organización a través de la prohibición del incesto, pues sentimientos de culpa al asesinar al padre hacen que funcione la ley por sí misma, he ahí la prohibición del incesto.

El mito creado por Freud, permite al lector dar cuenta de que el sujeto funciona en relación a una ley universal constituida en la prohibición del incesto, y que además da paso a postular el Complejo de Edipo como momento de interiorización de esta ley en el niño, pues es en este momento en el que el niño renuncia: a) a su madre como objeto de deseo sexual, y b) a reintegrar su producto.

Partiendo de la elaboración freudiana, Lacan en el Seminario de las Formaciones del Inconsciente ((1957-1958) /2004) toma a aquella prohibición que está instituida (pero que es inconsciente) y que funciona como organizadora de las relaciones dentro de la horda. Así, presenta al *Nombre-del-Padre* como el significante que aparece como una función que organiza e introduce al sujeto en la falta en ser, pudiendo el sujeto ubicarse frente a ella de diversos modos: represión, desmentida o forclusión.

Esto mismo expresa, precisamente, aquel mito necesario para el pensamiento de Freud que es el mito de Edipo (...) Si es necesario que él mismo proporcione el origen de la ley bajo esta forma mítica, si hay algo que hace que la ley esté fundada en el padre, es necesario el asesinato del padre. Las dos cosas están estrechamente vinculadas –el padre como quien promulga la ley es el padre muerto, es decir, el símbolo del padre. El padre muerto es el Nombre del Padre, que se constituye a partir del contenido (Lacan, (1957-1958) /2004, p. 150).

2.1. Los tres tiempos del Edipo

La elaboración que Lacan realiza sobre el *Nombre-del-Padre*, esta entrelazada en la trama edípica de la que habla Freud, por esta razón no se puede desligar al Edipo de la represión (1915 / 2000c) -*Verdrängung*- a la que se refiere en su artículo de 1915 con el mismo nombre.

En este texto, Freud habla de la represión como un mecanismo fundamental de destino de la pulsión, en el que su condición es que el displacer sea mayor que el placer para que una moción pulsional sea reprimida, mecanismo que no está "... presente desde el origen; no puede engendrarse antes que se haya establecido una separación nítida entre actividad consciente y actividad inconsciente del alma, y su esencia consiste en rechazar algo de la consciencia y mantenerlo alejado de ella" (Freud S. , 1915 / 2000c, p. 142). A partir de lo cual, concluye que represión e inconsciente se correlacionan.

La represión se presenta en tres momentos:

1. *Represión Primordial:*

(...) a la agencia representante {Representanz} psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo consciente. Así se establece una fijación; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella. Esto acontece a consecuencia de las propiedades de los procesos inconscientes, que hemos de considerar después (Freud S. , 1915 / 2000c, p. 143).

2. *Represión propiamente dicha o represión secundaria:*

(...) recae sobre los retoños psíquicos de la agencia representante reprimida o sobre unos itinerarios de pensamiento que, procedentes de alguna otra parte, han entrado en un vínculo asociativo con ella. A causa de ese vínculo, tales representaciones experimentan el mismo destino que lo reprimido primordial. La represión propiamente dicha es entonces un «esfuerzo de dar caza» (Freud S. , 1915 / 2000c, p. 143).

3. *Retorno de lo reprimido:*

Como su nombre mismo lo dice, lo reprimido retorna a la consciencia a través de retoños asociados con lo reprimido primordial y secundario, es decir, regresa

como las formaciones del inconsciente (lapsus, síntomas, recuerdos, etc. que surgen en el acto de hablar).

Estos tres tiempos, son constituyentes en el sujeto de la neurosis debido a que la represión es un mecanismo que opera permanentemente, o dicho de otra forma, es la estructura misma. Partiendo de ella, se formula al inconsciente en donde surgen formaciones que dan cuenta del sujeto en falta, y por ello no puede funcionar desde que el niño nace, sino desde un momento constituyente al que Freud le llamó Complejo de Edipo y que culmina con la castración de la que habla Lacan, que inserta al niño en la lógica del significante.

Ya en el mito de la horda primitiva se puede contemplar el Complejo de Edipo, pues el padre es odiado por tener a las mujeres a las que los hijos no tienen acceso, cuando el padre es asesinado los hijos lo reivindicán y le dan un lugar de padre amado, se identifican con él, y después la prohibición del incesto se instaúra como ley universal, sin poder acceder ellos a las mujeres del padre. La estructura del mito es la del sujeto, en donde el niño tiene sentimientos de amor hacia la madre, el padre aparece como un rival que finalmente obtiene el amor de la madre, el niño siente ambivalencia por el padre, y termina por identificarse con él, tras la promesa de que la madre no será su mujer pero que tendrá otras en algún momento.

Al iniciar el complejo de Edipo surge la pregunta por el origen, los infantes buscan saber de dónde vienen los bebés. Más tarde, el niño/la niña reparan en la diferencia anatómica de los sexos, el niño tiene pene y la niña no. El niño hace gala de tenerlo hasta que en la comparación con la niña se le presenta la posibilidad de la castración que en ella se ha hecho real y pues ha sido castrada, así el niño se introduce en la amenaza de castración, mientras que la niña sabe de su castración.

Ahora bien, la aceptación de la posibilidad de castración, la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la femenina, como premisa (Freud S. , 1924 / 2000a, p. 184).

Ante la insatisfacción de su deseo, el niño/la niña deben renunciar a este deseo sexual hacia su progenitor, a esto Freud (1924 / 2000a) le llama el “*sepultamiento del complejo de Edipo*” y a partir de este el momento se resignan las investiduras sobre el objeto y se asume la identificación, apareciendo con ella el superyó como la instancia que permite la interiorización de la ley del padre en el sujeto. “Si el yo no ha logrado efectivamente mucho

más que una represión del complejo, este subsistirá inconsciente en el ello y más tarde exteriorizará su efecto patógeno” (Freud S. , 1924 / 2000a, p. 185).

Esta trama corresponde a lo que Lacan ((1957-1958) /2004) llama los tres tiempos del Edipo, y de lo que se trata, es de varios momentos que dan paso a que el sujeto se constituya en la neurosis, perversión o psicosis, momentos que están definidos por la función paterna que instauro lo simbólico en la relación madre-hijo, y que permite la represión del significante 1 por el significante 2.

De la relación madre-hijo, debe quedar un lugar para lo simbólico que es ocupado por el *Nombre-del-Padre* y con él, el lugar de falo (ϕ) reconocido cuando aparece el Otro al que se dirige una llamada, la invocación. “Esta palabra significa que apelo a la voz, es decir, al soporte de la palabra. No a la palabra sino al sujeto en cuanto él la sostiene” (Lacan, (1957-1958) /2004, p. 155).

Esta llamada a Otro, es “necesaria para que el deseo y la demanda sean satisfechos” (Lacan, (1957-1958) /2004, p. 157), permite la autenticación del mensaje por el Otro en el código, manifestándose el mensaje en su calidad de significante, es decir que no puede significarse a sí mismo y que remite justamente a otro significante; esta lógica está representada por el *Nombre-del-Padre* que permite representar en el Otro al Otro, en la medida que le da su peso a la ley, como mediador del deseo.

Entonces, el Nombre del Padre está siempre presente en la relación madre-hijo, sin embargo, no basta su presencia, “... el Nombre del Padre hay que tenerlo, pero también hay que saber servirse de él. De esto pueden depender mucho el destino y el resultado de todo este asunto” (Lacan, (1957-1958) /2004, p. 160). Es decir, el *Nombre-del-Padre* está ahí pero tiene que hacer función a través de la madre.

La función del padre, no es una cuestión de su presencia efectiva, ya que este existe aún en su ausencia, se trata de un lugar simbólico que hace metáfora y que hace consistente al falo como un objeto imaginario, girando “(...) alrededor de tres polos –el Edipo en relación con el superyó, en relación con la realidad, en relación con el Ideal del Yo” (Lacan, (1957-1958) /2004, p. 170).

Lacan ((1957-1958) /2004, p. 156), realiza una tabla en la que incluye tres niveles:

INTERVENCIÓN	AMENAZA	
Padre real	Castración (R.i)	Imaginario
Madre simbólica	Frustración (S'.r)	Real
Padre imaginario	Privación (S←S'.r)	Simbólico

Imagen 2

Los tres tiempos del Edipo, Imagen tomada de: Lacan, 2004

El primer nivel, implica la amenaza de castración por la intervención real del padre respecto de la amenaza imaginaria de castración en el niño, de tal manera que la castración se constituye en un acto simbólico sobre un objeto imaginario, con el decir del padre o de la madre de que se lo va a cortar (el pene).

En el segundo momento, el padre prohíbe la madre, "... interviene como un sujeto provisto de un derecho del que carece el niño, no como un personaje real" (Lacan, (1957-1958) /2004, p. 177). Y por este derecho el padre (simbólico) frustra al niño de la madre en un acto imaginario en la medida que ésta constituye un objeto real porque el niño tiene una necesidad real de ella.

Y el tercer momento se articula con la salida normativizante del complejo de Edipo, en donde la madre prefiere al padre sobre el hijo y permite la formación del Ideal del yo, pues el niño puede identificarse con ese padre preferido por la madre, que a su vez priva a la madre definitivamente del hijo. Es un nivel conflictivo porque constituye "*el sepultamiento del complejo de Edipo*" que varía en el niño y la niña.

En la medida en que el padre se convierte en el Ideal del yo, se produce en la niña el reconocimiento de que ella no tiene falo. Pero esto es lo bueno para ella –por el contrario, para el niño sería una salida absolutamente desastrosa, y lo es algunas veces. Aquí, el agente es I, mientras que el objeto es s –I.s.

En otros términos, en el momento de la salida normativizante del Edipo, el niño reconoce no tener –no tener verdaderamente lo que tiene, en el caso del varón –lo que no tiene, en el caso de la niña (Lacan, (1957-1958) /2004, p. 178).

Esta salida normativizante implica la *Metáfora Paterna*, siendo el padre: "un significante que sustituye a otro significante (...) un significante que sustituye al primer significante introducido en la simbolización, el significante materno" (Lacan, (1957-1958)/2004, p. 179). Esto quiere decir que el padre ocupa el lugar de la madre (S en lugar de

S'), gracias a que hay un gran salto hacia lo simbólico a través de la metáfora, presentándose el deseo de la madre en forma de falo, así la madre puede ser alguien que va y viene.

A partir de este momento, el padre significa a la madre, el *significante 1* (S1) es reemplazado por el *significante 2* (S2) siendo siempre retroactivo, es decir siempre se volverá al S1 (reprimido) a partir del S2, introduciendo al sujeto en la cadena significante e instituyendo un orden simbólico, es decir, la articulación de la palabra como estructura que funda lo subjetivo de modo que es lo primordial, y por ello da cuenta de que el niño se ha desprendido del deseo de la madre y que se encuentra en la lógica del falo.

El padre se presenta en esta relación como interdictor del objeto madre –de ahí que se hable de interdicción del incesto- es decir, la madre tiene *deseo de otra cosa*, ella puede y debe ir a buscar otras cosas diferentes a su hijo. El fort/da, da cuenta de este movimiento que hace la madre, debe ya no solo “colmar” al hijo, sino que su mirada debe volcarse al padre. Así el falo toma más presencia como un lugar simbólico, representado por la *Metáfora Paterna*, a medida que se constituye a partir de la prohibición del incesto.

Teniendo en cuenta al padre como un lugar simbólico, y a la castración, la frustración y la privación ya mencionadas como elementos necesarios en el Edipo, se han de considerar tres tiempos, propuestos por Lacan ((1957-1958)/2004, p. 197).

En el primer tiempo, “Lo que el niño busca, en cuanto deseo de deseo, es poder satisfacer el deseo de su madre, es decir, *to be or not to be* el objeto de deseo de la madre” (Lacan, (1957-1958)/2004, p. 197). Esto hace referencia a que la primacía del falo está desde siempre en tanto que es simbólica, así el niño puede captar su resultado: es el objeto de deseo de la madre y por esta razón no tardará en identificarse con ser falo (de la madre). Además, la palabra de la madre recae sobre el niño y se anuda en el cuerpo de él, el niño no solo se identifica porque puede escuálidamente reconocer la primacía del falo, sino, porque la madre le otorga ese lugar de falo imaginario.

El padre existe pero de forma velada, la madre puede dar cuenta de su existencia en tanto esta cuestión ya está planteada para ella desde su propio Edipo.

En el segundo tiempo, el padre interviene en un plano imaginario mediado por la madre, a medida que *priva* la madre, quien también pasa por la ley del Otro y no solo el niño, dando cuenta de que hay algo más, pues ella (la madre) es objeto del padre y no del niño. El padre –en este momento- es visto sin castración.

... la madre es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el Otro tiene o no tiene (...) junto con el hecho de que el objeto de su deseo es soberanamente poseído en la realidad por aquel mismo Otro a cuya ley ella remite. (Lacan, (1957-1958) /2004, pp. 198, 199)

Y en el tercer tiempo, el padre es poseedor del falo en la medida en la que es portador de la ley, sin embargo, tiene que dar pruebas de que él *tiene* el falo y no de que lo *es* porque así permite el giro de que el falo sea un objeto deseado por la madre y no solamente un objeto del que el padre puede privar, dice Lacan ((1957-1958) /2004, p. 199).

Este padre poseedor del falo, tiene la potencia necesaria para cumplir con el deseo de la madre volviéndose esta relación al plano real, y por lo tanto el niño desistirá de la madre como objeto de deseo, pues el padre es realmente potente y en ese sentido podrá identificarse con él, momento de la salida del Edipo, el que permite la formación del *Ideal del yo*.

El tercer tiempo es importante porque instaura al niño en la metáfora, en la falta. El niño se ha fundado en la cadena de significantes y aquello que ha pasado en el Edipo adviene como símbolo, cuya significación solo se desarrollará más tarde cuando se asuma la sexuación, ubicándose en la lógica fálica, la lógica del lenguaje en la que se ha estructurado.

También, se ha mencionado que el Edipo es diferente en las niñas debido a que en ellas la identificación no es con el padre sino con la madre, es decir, no deben invertir el objeto de amor ni sostener la posición viril, sino que saben que deben buscar el falo en el padre, por lo tanto la asunción de la ley es menos conflictiva para ellas. “Esto también les indica en qué sentido una feminidad, una verdadera feminidad, siempre tiene hasta cierto punto una dimensión de coartada. Las verdaderas mujeres, eso siempre tiene algo de extravío” (Lacan, (1957-1958) /2004, p. 201).

En consecuencia, el padre es aquel que representa el lugar de la ley en la cadena significativa ocupando un lugar metafórico –a esto se le llama *Metáfora Paterna*- con la condición de que la madre lo coloque en ese lugar gracias a que el falo es deseado por ella. Adquirido ese lugar en la cadena de significantes, sin duda alguna, se habla de estructuración en el lenguaje porque se constituye un sujeto bajo la prohibición (*no puedes acostarte con tu madre, ni puedes reintegrar tu producto*) a través de lo simbólico, que no deja de estar implicado en la palabra NO, un mensaje que en primera instancia es transmitido por la

madre, pero que en el tercer tiempo del Edipo será transmitido por el padre junto con el código.

A partir de la salida del Edipo, se puede hablar de sujeto, pues ha operado la represión del S1 reconociéndose al S2 como el significante que permitirá la relación con los otros significantes de forma infinita. El sujeto ha sido inscrito en una cultura y será capaz de reconocer el lugar del tercero en todas sus relaciones, pero también deberá saber hacer con el retorno de lo que ha reprimido en el lenguaje y con él, en las formas de relacionarse con los otros.

¿Qué es un sujeto? ¿Es algo que se confunde pura y simplemente con la realidad individual que tienen ustedes delante cuando dicen el sujeto? ¿O acaso, tan pronto le hace hablar, eso implica necesariamente otra cosa? Quiero decir -¿es la palabra como una emanación y flota por encima de él, o bien desarrolla, impone por sí misma, sí o no, una estructura como la que he comentado extensamente, a la que les he habituado? Esta estructura dice que, apenas hay sujeto hablante, la cuestión de sus relaciones en tanto que habla no podría reducirse simplemente a otro, siempre hay un tercero, el Otro con mayúscula, constituyente de la posición de sujeto como hablante, es decir, también, como analizante (Lacan, (1957-1958)/2004, p. 185).

Finalmente, la salida normativizante del Edipo implica la formación del *Ideal del yo*, instancia fundamental en el sujeto, pero ¿de qué se trata?

Usualmente, se confunde al Ideal del yo con el Superyó, que son instancias que pueden actuar a la par en su relación con el Edipo y el falo, pero cuyas funciones son distintas. El superyó por su parte, se encarga de asegurar la represión, es el heredero de la conciencia moral transmitida por los padres y por ello se encarga de reafirmar la ley en el sujeto. Mientras que el Ideal del yo cumple su función en cuanto a la sublimación, es algo interior y exterior a la vez, es “una parte del propio sujeto, aunque conserva sin embargo alguna relación con un objeto exterior” (Lacan, (1957-1958)/2004, p. 297). Lacan, en este texto para explicar esta noción de interno/externo dice que el Ideal del yo es como la patria para un extranjero, algo que no es un objeto, pero que irremediamente siempre llama y está en el sujeto.

La función de este llamado Ideal del yo, es tipificante en el deseo del sujeto respecto de la asunción de su sexualidad y de las relaciones entre hombres y mujeres, por ello, es importante la identificación con el progenitor del mismo género para la asunción del Ideal

del yo, porque este está implicado en la aceptación de un cuerpo como femenino o masculino y en la sublimación de la pulsión sexual.

El Ideal del yo, solo surge una vez que se haya dado lugar a la *Metáfora Paterna*, porque es “el punto de partida de la constitución del objeto como cierto significante que ocupa cierto lugar, sustituye al sujeto y se convierte en una metáfora del sujeto” (Lacan, (1957-1958)/2004, p. 299). En otras palabras, debe el sujeto estar dentro de la lógica de la cadena significante para poder estar representado en ella.

2.2. La estructuración del Sujeto de la psicosis

¿Es posible hablar de sujeto en las psicosis? En psicoanálisis cuando se hace referencia al sujeto, se habla del sujeto del lenguaje, del deseo, del inconsciente, un sujeto sujetado a la castración, dicen Chemama y Vandermersch (2010, p. 651). No obstante en la psicosis, el sujeto no cabe en la definición mencionada pues no está fundado por la castración sino por la forclusión.

Sin embargo, el término sujeto también distingue al yo como una entidad distinta del sujeto, es decir el yo es una formación imaginaria en relación con el cuerpo y el sujeto es lo que se ha fundado y se rige bajo una lógica determinada en su relación con el lenguaje. A partir de esta segunda concepción, en esta disertación se hace referencia al *sujeto de la psicosis*⁵, en la medida que da cuenta de que el sujeto está fundado en la forclusión, como una posición en relación al lenguaje dada por la estructura.

Entonces, para dar cuenta de la estructuración del sujeto de la psicosis, es necesario remitirse a los estadios preedípicos porque hay funciones importantes en ellos. Desde antes del Edipo el niño marca una determinada relación con su cuerpo y con los objetos distintos a este, así también con la relación con el Otro que tiene particularidades de las que se da cuenta en el *après-coup*.

La importancia de observar las pautas que podrían dar cuenta de la psicosis antes de que se haya dado el Edipo, recae en que la estructura es un conjunto de momentos definidos por la relación con los objetos con los que el sujeto se ha vinculado, estos momentos se definen en uno solo que es el momento fundante de la estructura, en este caso: el momento de la forclusión.

Estos momentos anteriores al Edipo son varios, y están atravesados por la formación del yo, entre ellos, el estadio del espejo, en el que por un lado el yo del sujeto se forma, y por otro adquiere la capacidad de investir objetos diferentes al sí mismo (narcicismo secundario), estos acontecimientos son importantes a medida dan cuenta una relación muy particular con el yo en la psicosis.

⁵ Varios autores se refieren de la misma manera en sus trabajos, hablan del sujeto de la psicosis para dar cuenta de que ha sido fundado en la forclusión. Landman por ejemplo, en el “Segundo encuentro de E.P.L con Claude Landman sobre el seminario “Las estructuras lacanianas de la psicosis””, se refiere al psicótico como sujeto de las psicosis. (2013)

El yo se constituye en el estadio del espejo, gracias al reconocimiento del Otro, un reconocimiento gestado por la mirada y por la palabra. Así, el sujeto puede diferenciarse de los otros, es decir, diferencia el yo del no yo, diferencia fundamental en la construcción de la realidad del sujeto en tanto que puede diferenciar el sí mismo del medio exterior.

En este momento el papel del Otro, en tanto que es deseo de la madre, es muy importante porque es quien permite el acceso del sujeto a la visión unificada de su cuerpo y con ello, empieza a introducir al sujeto en lo simbólico de una forma determinante, mostrando desde ahí el límite del uno y el otro, y con ello la presencia de la ley.

Además, se pone en juego la falta en ser, la madre no siempre está presente, puede localizarse en el espejo como alguien que mira y que es mirado, pero que puede ausentarse en ciertos momentos, dando cuenta de la simbolización de la ausencia/presencia (fort/da) y del límite de la pulsión y del goce, ya que no se presenta como otro omnipresente sino que se ve llamada a ocupar un lugar distinto para el niño, lugar que ya tiene que ver con su estructura. El niño mismo pone en falta **(A)** a la madre siendo no-todo para ella.

La falta de la madre, marcada por el hecho de que ella se ausenta, es una falta simbólica en la medida en que no se trata de un defecto entre la madre y el niño, sino de un del todo imposible de colmar, que es de estructura. La madre desea en otra parte, del lado de la función fálica, y eso marca al pequeño sujeto de una falta en ser. Eso abre para él el enigma de lo que ella quiere, el Che Vuoi, cuestión que en ella misma hace corte y conexión de la conexión (Villeneuve, 2001, p. 4)

Esto citado, sucede en el mejor de los casos, cuando hay un lugar para el falo, en tanto que es imaginario y simbólico. Esto quiere decir que, no siempre hay un agente de lo simbólico, y por lo tanto el intercambio de la madre con el niño se da en un nivel diferente, en el sentido de que el hijo la colma, taponar su falta y evita que ella renuncie al goce, así como el hijo se identifica con ese lugar y no renuncia a él porque no hay un agente externo que lo obligue a hacerlo, así la relación especular no se transforma, no permite el ingreso de un elemento diferente al de la madre.

En tanto que la madre, en tanto cercana al Otro, es la gestora de la relación del niño con el Otro, el niño no está del todo excluido del mundo simbólico porque está introducido al lenguaje. En la psicosis, el sujeto está restringido de su posibilidad de elegir, el lugar que lo simbólico ocupa para él esta avocado hacia el Otro que goza por él y que elige por él, por ello el sujeto se convierte en un autómata.

De esto se trata la alienación, operación que pone en juego la dependencia del sujeto con respecto al Otro, y que nunca deja de existir, se trata entonces de cómo esta dependencia, esta evocación hacia el Otro, se manifiesta dependiendo de la estructura.

La alienación consiste en ese *vel* que condena –si la palabra *condenar* no suscita objeciones, la retomo- al sujeto a sólo aparecer en esa división que he articulado lo suficiente, según creo, al decir que si aparece de un lado como sentido producido por el significante, del otro aparece como *afánisis*. (...) El *vel* de la alienación se define por una elección cuyas propiedades depende de que en la reunión de uno de los elementos entrañe que sea cual fuere la elección, su consecuencia sea un *ni lo uno ni lo otro*. La elección sólo consiste en saber si uno se propone conservar una de las partes, ya que la otra desaparece de todos modos (Lacan, 1964 / 1997a, p. 218).

Lacan propone que el sujeto debe elegir el *ser* o el *sentido* y que ambas elecciones implican una pérdida, lo que ejemplifica con la proposición: “¡La bolsa o la vida!” (1964 / 1997a, p. 220). En el caso de elegir la bolsa se perderá la vida con ella, y si se elige la vida, será una vida cercenada, pues no se tendrá la bolsa. Por ello el *vel alienante* implica una elección, en donde siempre hay pérdida, ya sea esta total o parcial.

Asimismo, si se elige el *ser*, el sujeto desaparece y queda en el sin-sentido. Si se elige el *sentido* (o el Otro), este quedará cercenado del sin-sentido, pero “... la índole de este sentido tal como emerge en el campo del Otro es la de ser eclipsado, en gran parte de su campo, por la desaparición del *ser*, inducida por la propia función del significante” (Lacan, 1964 / 1997a, p. 219), y este sin-sentido se buscará en el análisis.

Entonces, la alienación da cuenta de una elección de la que no se puede escapar, así como del encadenamiento del sujeto a los significantes del Otro, a partir de lo cual, se produce un segundo movimiento llamado separación y que conduce al advenimiento del sujeto.

En este momento de separación el niño sabe de la falta en el Otro, se pregunta por ella y hace que la falta circule en el discurso, hace preguntas, formula hipótesis y pone en juego la cuestión de la desaparición de sí mismo, lo que permite que el sujeto no se quede alienado, aparece un más allá del deseo, que aunque remite al Otro no se queda en él, sino que aparece en otros momentos, como en la ausencia, la pausa o la hiancia, que es donde aparece el sujeto.

Si se habla de estructuración de la psicosis, el sujeto ¿se ha separado del Otro y ha encontrado su más allá? ¿Habría elegido entre el ser o el sentido?

Se puede dar cuenta desde la clínica que en algunos casos de psicosis como la paranoia, hay un Otro invasor del sujeto, alguien omnipresente que lo asedia y lo retiene en una determinada posición delirante, como si no pudiera liberarse de esta. El Otro lo designa como el *ser*, piensa certeramente que él es el perseguido, el enviado de Dios, etc., donde el sentido de lo que hace y dice proviene desde un imaginario agigantado, y donde el simbólico no está bajo lo universal, sino que aparece como algo místico e indescifrable para el sujeto mismo.

Elegir es aceptar la pérdida, resignar el goce. El paradigma de la elección, una elección forzada, está dado por Lacan en su célebre “*la bolsa o la vida*”. La elección impuesta al sujeto excluye la conjunción de ambas. El psicótico es precisamente aquel que responde a lo imposible: la bolsa y la vida, el que no acepta la pérdida de goce. Elegir es elegir la pérdida del objeto y, a partir de aceptar el cercenamiento (*écornement*) del goce, se elige el modo de relacionarse con el objeto en *tanto que perdido*. Ésa es, justamente, la *Neurosenwahl*. No sucede así en las psicosis (Braunstein, 2006, p. 271).

2.3. La forclusión del Nombre del Padre

Todos los taburetes no tienen cuatro pies. Algunos se sostienen solo con tres. Pero, entonces no es posible que falte ningún otro, si no la cosa anda muy mal. Pues bien, sepan que los puntos de apoyo significantes que sostienen el mundillo de los hombrecitos solitarios de la multitud moderna, son muy reducidos en número. Puede que al comienzo el taburete no tenga suficientes pies, pero que igual se sostenga hasta cierto momento, cuando el sujeto, en determinada encrucijada de su historia biográfica, confronta ese defecto que existe desde siempre. Para designarlo nos hemos contentado por el momento con el término *Verwerfung* (Lacan, (1955-1956) / 2011, p. 289).

Como ya se ha mencionado, la psicosis se define en el Edipo y por lo tanto el mecanismo psíquico que aparece en este momento no es la represión –que hace al sujeto de la neurosis- porque no hay una salida normativizante del Edipo. El mecanismo de la psicosis es llamado por Freud *Verwerfung*, que en su traducción a la lengua española es *rechazo, desestimación o falla*. Desafortunadamente el trabajo de Freud con la psicosis fue poco, razón por la cual la teorización sobre la *Verwerfung* la hará Lacan, y por ello buscando un término más riguroso para hablar sobre el mecanismo que opera en la constitución de la psicosis, toma desde la jurisprudencia francesa el término de *Forclusión*⁶, al que le da un significado propio.

Evans (2007), en su diccionario se refiere a la forclusión como mecanismo fundante de la psicosis. “La forclusión se diferencia de la represión en cuanto el elemento forcluido no está enterrado en el inconsciente sino expulsado de él” (pp. 96, 97). Así la forclusión es el rechazo a ese significante primordial, significante que permite el anudamiento de los registros: real, simbólico e imaginario.

La *Verwerfung* será pues considerada por nosotros como *preclusión* del significante. En el punto donde, ya veremos cómo, el llamado el Nombre-del-padre, puede pues responder en el Otro un puro y simple agujero, el cual por la carencia del efecto metafórico provocará un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica (Lacan, (1957-1958) /2009, pp. 534).

⁶ También en algunos textos de J. Lacan se traduce como *preclusión* (que podría decirse que es su equivalente), palabra aceptada por la Real academia de la lengua española, a diferencia de *forclusión* que es un término de la lengua francesa que no tiene significación en el español, sin embargo en el presente texto se usará el término de forclusión.

La forclusión es el fracaso de la afirmación simbólica (*Bejahung*), que impide el funcionamiento de la metáfora, pues si en el origen no hay afirmación de lo que es, hay forclusión, dice Berraute (s.f., párr. 2). Sin afirmación primordial, de lo que se trata es de un rechazo, de la expulsión de un significante primordial "... a las tinieblas exteriores, significante que entonces faltará en ese nivel" (Lacan, (1955-1956) / 2011, p. 217). Siendo la forclusión la no-inscripción de un significante con el que el sujeto debe quedar insertado en el mundo simbólico y su lógica, pero que por su misma condición de expulsado, retorna desde afuera hacia el sujeto, así como, el sujeto no cesará de buscarlo.

De la misma forma, los efectos de la *Verwerfung* no solo se manifiestan en lo simbólico, sino que también aparecen en lo real y lo imaginario, hay un des-anudamiento particular de estos registros, que se manifiestan en la clínica.

¿Cuál es el significante que falta? No se sabe, es un significante del que se da cuenta en la clínica con los "fenómenos" que aparecen en los pacientes psicóticos; sin embargo, el significante *Nombre-del-padre*, representa a ese significante que falta, debido a que el efecto metafórico no puede ser captado por el psicótico, aquello que este significante produjo con la forclusión no deja más que definido un agujero.

Entonces, no habiendo metáfora, no hay la sustitución del significante 1 por el significante 2, quedando el significante 1 vigente y perturbador en la vida del sujeto sin un efecto de significación. A falta de esta sustitución por un significante que da cuenta de la ley, el psicótico responde a una ley particular que no está mediada por el falo, por lo tanto hay una ruptura en la cadena significante y por ello el sujeto no puede atribuirle sentido a determinados significantes, sustituyendo el sentido por uno dado por sí mismo, pero sin poder reconocerlo como propio.

El sujeto de la psicosis, está inserto en el lenguaje, con una relación muy particular con él, ya que, si bien es cierto puede hacerse entender y hablar la misma lengua, la incapacidad de hacer metáfora y de asumir el significante en un nivel simbólico, lo pone en la vía de lo imaginario y por lo tanto de lo especular, produciendo una perturbación en el discurso, que es según Lacan ((1955-1956) / 2011, p. 291), a lo que se reduce la función paterna, adquiriendo la imagen de sí mismo (sin necesidad de identificación alguna) la función sexualizada, así como también sucede con el cuerpo, que está totalmente identificado con el yo y no con el otro.

Con la salida normativizante del Edipo, el sujeto se ha identificado con el progenitor del sexo opuesto, punto crucial en la sexuación, pero al no haber salida normativizante con la forclusión ¿con quién se identifica un sujeto? Lacan ((1955-1956) / 2011, p. 27, 28), dice que el sujeto está totalmente identificado a su yo con el que habla, este yo aparece como un tercero y como un doble, pero nunca como el sí mismo.

El sujeto, por no poder en modo alguno restablecer el pacto del sujeto con el otro, por no poder realizar mediación simbólica alguna entre lo nuevo y él mismo, entra en otro modo de mediación, completamente diferente al primero, que sustituye la mediación simbólica por un pulular, una proliferación imaginaria, en los que se introduce, de manera deformada y profundamente a-simbólica, la señal central de la mediación posible (...) La relación del sujeto con el mundo es una relación de espejo (Lacan, (1955-1956) / 2011, p. 127).

En este conflicto imaginario el sujeto está llamado a crear una realidad nueva que difiere de la realidad efectiva, pues esta no está mediada por el otro, sino por la imagen especular, y de ahí que se cree una sustitución o un parche para aquello que no está fundando dentro del sujeto, y que aquello que no está fundado dentro provenga desde el exterior.

CAPÍTULO III: Estructuración Del Cuerpo en las Psicosis

Al abordar al sujeto de la psicosis su relación con el cuerpo es particular, pues el sujeto asevera que su cuerpo es diferente. En algunos casos está vacío de órganos, en otros está lleno de materia extraña o invadido, en otros el mismo cuerpo no les pertenece, en fin, se presentan un sinnúmero de formas de relacionarse con ese cuerpo, de las que siempre se da cuenta desde el lenguaje y en ocasiones también desde lo real.

Desde la particularidad de ese cuerpo, intentar realizar una hipótesis sobre su estructuración sin pensar desde la clínica es imposible. Ya Lacan en su seminario “Las Psicosis” ((1955-1956) / 2011) toma el caso del Presidente Schreber⁷ y se permite crear y aclarar conceptos en base a los fenómenos que se ejemplifican con claridad en este caso, debido a la cantidad de detalles que el sujeto describe en sus memorias.

Este caso que es paradigmático para el Psicoanálisis, aporta con material para pensar la estructuración del cuerpo en la psicosis, en el sentido de qué es el cuerpo para el sujeto y para el Otro, así como, sobre la sexuación que lo atraviesa. Este caso será el que clarifique lo que se desarrolla en este capítulo. Sin embargo, para mostrar otras relaciones posibles con el cuerpo, diferentes a las del Presidente Schreber, se expone la siguiente reseña, la que oportunamente también ejemplificará lo que el Psicoanálisis propone:

Lol es una muchacha de 19 años, comprometida desde hace 6 meses con un joven hijo de terratenientes, Michael Richardson. Ambos de veraneo en una playa concurren cierta noche a un baile en el Casino Municipal donde se suscitará un drama: Michael es atraído por una mujer madura, Anne-Marie Stretter, con quien baila hasta la madrugada ante la vista de Lol y el resto de los concurrentes que como coro de tragedia griega, parecieran producir un efecto de detención en la acción. Lol permanece callada, en compañía de una amiga, Tatiana Karl, hasta que la partida de su amor con Anne-Marie termina por derrumbarla. Sencillamente se desploma una vez que los fascinados amantes se retiran, sin ensayar ella algún gesto que implicara agresividad, que denotara un cuerpo y su presencia.

(...) Perpleja se encierra semanas en su casa, gritando que no tiene pensamiento y reclamando remedio para su carencia (...) Al tiempo comienza a escuchar a su alrededor, participando en conversaciones, pero sin pedir noticias de su amor. Así se la consideró recuperada. En la calle deambulando Lol conoce a un hombre, Jean Belford, quien atraído

⁷ Caso trabajado por Freud años antes, a partir del libro “Memorias de un enfermo de nervios”, texto que permite al enfermo hablar de su enfermedad y su delirio, así como le permite a Freud hablar sobre la psicosis.

en forma instantánea la pide a su madre en matrimonio. Casada, abandona su ciudad natal, e inicia un periodo de 10 años en que reina la armonía junto a un hombre que la amaba.

Un día J. Belford tiene la oportunidad de volver a S. Tahila, ciudad natal del Lol. Ella, la que no pedía nada, dice sentirse dichosa de recobrar la casa de sus padres. La consecuencia de este pensamiento no se hace esperar: luego de mudarse, delineando los senderos del jardín, ninguno desemboca en otro, error que si bien pasa desapercibido para su marido, anticipa un vacío que el pensamiento no sólo no ocupa sino que producido la implica en una errancia irrefrenable. A ella, a quién no parecía ocurrírsele nada, de pronto piensa en salir a la calle siendo arrastrada por sus curvas, sus vivencias, sus vidas, a “pensamientos nacientes”, un hormigueo que no cesa y que la lleva siempre al baile en T. Beach, en la reconstrucción de aquel fin de mundo donde un punto no tiene palabra. En ese vacío el cuerpo de Anne-Marie es desnudado por Michael, pero el suyo carece de consistencia. Lol no puede desprenderse de su amor en la escena del baile y si otra aparece, esa otra debe ser ella misma en un acto imposible que la esfuma.

Uno de los días, en que deambula por la calle sigue a un hombre. Ese hombre es Jacques Hold. Su amante es Tatiana Karl, testigo de la escena del baile. Lol los sigue hasta el hotel del Bosque donde los amantes realizan sus encuentros y se estaciona en un campo de centeno donde se sienta a mirar una ventana que se enciende, marco a través del cual se va a ver los personajes, aún no advertidos de su presencia.

Con una excusa, en los días subsiguientes, se las ingenia para encontrar la casa de Tatiana, frecuentada también por J. Hold. Desde ese momento ya no podrá evadir una pregunta por parte de uno y otro. Esa pregunta la supongo ¿qué quiere Lol de mí?

El encuentro de Lol con la pareja de amantes, transcurre entre la tensa preocupación de Tatiana por saber si en aquella maravilla de dulzura e indiferencia, restaba aún la enfermedad y la convicción de J. Hold que cree ser buscado por ella. (...) Aun así Tatiana con su marido y su amante aceptan la invitación a conocer su casa. (...) Ella no se acuerda de nada cuando es llevada a hablar de la escena del baile, no sabe si ha sufrido. Sólo dice que quería ver la danza de Michael y Anne-Marie. (...)

La excitación de Lol va en aumento: cuanto más se acerca al hombre que cree deseado, más resuena la desnudez de Tatiana bajo sus cabellos oscuros y más le pide a él que no abandone a su amante por ella.

Comienza a concluir la novela cuando Tatiana descubre que algo sucede entre Lol y su amante. Efectivamente juntos proyectan un viaje a la playa donde diez años antes se había

gestado la escena del baile. Allí el drama se precipita cuando Lol intenta reconstruir aquella escena perdida en base a sus recuerdos y no encuentra ningún rastro que la sostenga. Es evidente que no se trata de un olvido sino de su apariencia ya que allí subyace la esencia de su arrebato.

Finalmente se desencadena la crisis de Lol en un hotel con Jacques Hold a la hora del amor, en el instante en el que despojada de su vestido, no puede mantenerse unida a su hombre y pregunta quién es (Paola, 1994, pp. 26-32).

Se ha tomado este relato de Marguerite Duras, llamado “El arrebato de Lol V. Stein” para ejemplificar que aunque la psicosis puede presentarse de formas muy llamativas, otras pueden pasar desapercibidas si no se toman en cuenta ciertas sutilezas en el discurso, que aparecen como discretas. En este caso, el cuerpo aparece como vacío, no está vacío de órganos pero sí de sentido, es un cuerpo “arrebato”, por lo tanto también es un cuerpo fragmentado, hay un fenómeno de desapropiación.

Las singularidades en cada paciente psicótico, vienen dadas por una posición particular en el discurso, en el que el desencadenamiento permite dar cuenta de que la lógica que rige en el sujeto difiere de la lógica del neurótico, en el sujeto hay una expulsión del *Nombre-del-Padre*, no hay castración. Consecuentemente, la ley y su organización no se dan en el lenguaje y por lo tanto tampoco en el cuerpo, poniendo al sujeto frente a la imposibilidad la articulación entre ambos.

Es importante mencionar que no siempre hay desencadenamiento de la psicosis, muchas veces el sujeto se sostiene, sin llegar a un momento forcluyente, con el *sinthome*⁸, que desarrollado por Lacan, se trata de un cuarto redondel que enlaza y sostiene al nudo borromeo, a la estructura. Este redondel da cuenta de algo funcional para el sujeto, como en el caso de Joyce con la escritura literaria; asimismo cuando hay un desencadenamiento el delirio se sostiene como *sinthome* siendo el soporte del sujeto para con la realidad.

En relación al lenguaje, en el sujeto psicótico se instaura como impuesto, así que no puede apropiarse de él, razón por la que no determina –como en la neurosis– la relación con el cuerpo ni con el sentido, por la ausencia de la metáfora.

⁸ Lacan desarrolla todo un seminario sobre el *sinthome* (1975-1976) en el que parte de la obra de Joyce para hablar sobre el nudo borromeo, el nudo trébol y el nudo del *sinthome*, con sus variaciones. Es una obra importante porque marca un desarrollo distinto respecto de las psicosis y la posibilidad de estabilización.

En el *automatismo mental*, el lenguaje se presenta como invasor, fragmentador y destructor para el sujeto, este fenómeno es importante para entender la psicosis porque determina el funcionamiento de la estructura, ya que, desarrollado por De Clérambault, quien lo plantea como un “Conjunto de fenómenos vinculados a la voz como objeto pulsional en la psicosis (...) pensamiento anticipado, enunciación de los actos, impulsiones verbales, eco del pensamiento” (Chemama & Vandermersch, 2010, p. 60). El *automatismo mental* se presenta como: Pequeño automatismo mental y Gran automatismo mental o Triple automatismo mental (Millas, 2014).

El *pequeño automatismo mental*, no produce ruptura en la personalidad por lo que los fenómenos no son muy notorios, sino que se captan en pequeños detalles en el discurso y en algunas expresiones corporales que no tienen un sentido.

El *gran automatismo mental* presenta grandes fenómenos alucinatorios, ruptura total del lenguaje y vaciado de significación. También se puede observar el *Síndrome de influencia*, en el que el sujeto siente transparencia hacia el Otro, él es su marioneta ya que en cada uno de los elementos de su vida se siente bajo la influencia del Otro (Dissez, 2016). El automatismo es evidente porque hay fenómenos sensitivos (cenestopatías), motores (actos automáticos y/o inhibición del movimiento) y mentales (pensamiento auditivo o verbo motriz), dice Sagna (2013, p. 7).

Esos fenómenos están caracterizados por: “1° Su texto esencialmente neutro [...]; 2° Su carácter no sensorial; 3° Su rol inicial en el devenir de la psicosis”. Su texto neutro significa que consisten simplemente en un desdoblamiento del pensamiento. El contenido y la coloración afectiva no llegan más que en un segundo momento. Su carácter no sensorial significa que el pensamiento se vuelve extranjero para sí mismo, sin forma sensorial definida (auditiva o visual, por ejemplo), tendiendo más bien a la abstracción. Evocar su rol inicial en la psicosis es decir que esos fenómenos no son complicaciones secundarias de la psicosis sino, al contrario, sus primeros signos. El automatismo es así un proceso autónomo, lo más frecuente es que se encuentre aislado sin delirio. Un delirio puede adjuntarse recién años más tarde (Sagna, 2013, p. 8).

Entre el pequeño y el gran *automatismo mental*, existen formas intermedias de automatismo caracterizadas por el *eco del pensamiento*, y de lo que se trata es que todo aquello que piensa el sujeto, hace eco por una voz alucinatoria que repite las mismas palabras que el pensamiento. Los fenómenos a nivel del pensamiento son discretos, en un inicio cierto registro del pensamiento le pertenece al sujeto pero es extraño para él, es una condición que

no es permanente, luego estos pensamientos son impuestos por un perseguidor o por los otros. Mientras más evoluciona el automatismo es más difícil de diferenciarlo para el sujeto, dice Dissez (2016).

Lacan ((1955-1956) / 2011), tomó este concepto para designar el carácter anideico de los fenómenos psicóticos, “lo que quiere decir no conforme a una sucesión de ideas” (Sagna, 2013, p. 15) y al que llamó *fenómeno elemental*⁹.

Este *fenómeno elemental* se trata de la dimensión del lenguaje en el sujeto, “... nos muestra hasta qué punto el humano está parasitado por el lenguaje” (Chemama & Vandermersch, 2010, p. 61) y en la psicosis da cuenta de la ruptura con respecto al lenguaje en la que el sujeto se ubica, pues, este sujeto habita una lengua que le viene desde fuera y que es incapaz de reconocer como propia, de ahí que en esta particular relación con el lenguaje se descubra la estructura, cuyos fenómenos constituyen un conjunto, por lo que los fenómenos que aparecen en la psicosis. Según Lacan, estos fenómenos no son aislados, no se pueden oponer ni están crónicamente fijados. (Chemama & Vandermersch, 2010, pp. 253, 254). Y por lo tanto ubicar, la estructura del sujeto está marcada por su lugar en el discurso, así como el acceso a lo simbólico que ha logrado.

El automatismo mental sobreviene contrariamente por fuera de toda dialéctica intersubjetiva, por fuera de toda psicología, de toda referencia a la historia del sujeto, a sus inclinaciones o sus tendencias. No está ligado a nada. Sobreviene. Para el automatismo mental no hay Otro. El automatismo mental es uno de los nombres de lo real (Sagna, 2013, p. 10).

⁹ Esta noción ya fue trabajada con anterioridad por Kraepelin y De Clérambault en un sentido mecanicista. Este mecanicismo “... considera al fenómeno elemental como un núcleo en el sentido de la personalidad, alrededor del cual el delirio se desarrolla como una reacción fibrosa” (Chemama & Vandermersch, 2010, p. 253).

3.1 El real y el cuerpo en la psicosis

Definir a lo real no solo es complicado sino que es imposible, su carácter de inefable no permite que se lo defina, sin embargo esta paradoja permite cierta comprensión de aquello a lo que no se tiene acceso desde la palabra.

A partir de su representación en el nudo borromeo, lo real es aquello que se anuda con el registro de lo imaginario y con el registro de lo simbólico, y que además se distingue de la realidad. En el diccionario de Vandermersch y Chemama se dice que lo real es “Lo que la intervención de lo simbólico expulsa de la realidad para un sujeto” (2010, p. 179).

Es importante la definición de lo real a partir de su relación con lo simbólico para ir comprendiendo la estructuración en las psicosis. En la estructura psicótica, en tanto está forcluido el significante que introduce la metáfora y con ello la relación borromea de lo *real (R)*, lo *imaginario (I)* y lo *simbólico (S)*, lo real tiende a aparecer en el sujeto de forma abrupta, deja perplejo al sujeto, haciendo así visible una determinada relación con el cuerpo que se escapa del lenguaje y por lo tanto de cualquier forma de simbolización y que además que no coincide con la realidad efectiva.

El real no es lo verdadero. Lo verdadero -en fin, para mí en todo caso, y para ustedes también, supongo- es lo que conforme a la realidad, es decir, conforme a mi fantasma. Conforme a las vías ya trazadas de mi goce. La verdad no es una cuestión filosófica desencarnada: es una cuestión tomada en el goce (Vandermersch, 2013, p. 664).

Esta relación con lo real, no deja de estar marcada por el *objeto a* que en las neurosis funciona como *objeto causa de deseo* en su reciprocidad con la pulsión y sus objetos. Sin embargo, este objeto aparece en la psicosis pero no precisamente como *objeto causa de deseo*. El sujeto no ha logrado desprender el *objeto a* de su cuerpo, de ahí que lo real retorne sobre ese cuerpo.

Braunstein¹⁰ (2006, p. 274), dice que la definición lacaniana del significante “como lo que representa a un sujeto ante (o para) otro significante” es incompleta si no se agrega: “...que deja como producción un resto, @”, es decir un real huidizo que se escapa a la articulación discursiva del S1 y el S2. Partiendo de esta definición ampliada, se puede pensar

¹⁰ Braunstein en el texto: “El goce: Un concepto lacaniano” hace referencia al *objeto a* como @.

que en la psicosis -debido a que la lógica del significante no se articula como en las neurosis- al significarse el significante a sí mismo, no hay la producción de ese resto (*a*) y por lo tanto no es un real huidizo, sino que el real aparece reiteradamente para el sujeto en los objetos de la pulsión.

En la neurosis, el objeto se mantiene distanciado del sujeto gracias a que el *fantasma* pone un velo entre uno y otro, este distanciamiento es importante en la medida en que permite una determinada interpretación de la realidad en el sujeto, que se constituye como una realidad sensata porque coincide con la realidad de los otros, en tanto que hay represión originaria y los hablantes se sitúan frente a un referente común que es el falo.

El *fantasma* se representa a través de una fórmula: ($\$ \diamond a$).

Los paréntesis muestran que la fórmula está sustraída a la conciencia. La $\$$ representa al *sujeto del deseo inconsciente*, sujeto de la castración. La *a* representa al *objeto causa de deseo*, "... es el exiliado del cuerpo, es una parte del cuerpo excluida de la representación pero que va a conferir a esta representación su carácter satisfactorio, propio de alguna promesa de goce. Es el objeto que va a localizar al sujeto errante en los bordes de las zonas erógenas" (Vandermersch, 2013, p. 663).

Y, el \diamond (losange) representa "... *el corte en el tejido compacto del lenguaje que simultáneamente desprende y une sujeto y objeto*" (Vandermersch, 2013, p. 663). Es decir, permite que el sujeto pueda insertarse en la realidad gracias a que se haya perdido un fragmento del cuerpo imaginario, pero que a su vez se cuente con la imagen de ese cuerpo, entonces, el \diamond cubre la falta que se da con el desprendimiento de un fragmento del cuerpo imaginario.

Este referente del fantasma inconsciente no es, pues, el principio de placer como búsqueda de la tensión más mínima, como lo escribe Freud después de Aristóteles, sino un real ocupado por el goce del órgano sexual (...). Por esto simboliza la función de castración, castración que asegura por ende el lazo separativo entre lenguaje y cuerpo, gracias a una parte separable del cuerpo (seno, heces, mirada y voz) (Vandermersch, 2013, p. 663).

Entonces, la relación del psicótico con el mundo exterior no está apoyada en el fantasma, por un lado existe la pérdida de los paréntesis y por otro, el \diamond que lo separa del objeto está roto o ausente, por lo tanto el objeto no está separado del cuerpo y no está sometido a la regulación fálica, ni a una limitación del goce (debido a que no hay castración en el sujeto),

razón por la que se presenta continuamente y se hace sentir a través de los objetos de la pulsión.

Freud (1924 / 2007) en su texto “La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis” hace un señalamiento importante con respecto a ambas estructuras. En la neurosis “... el yo, en vasallaje a la realidad, sofoca un fragmento del ello (vida pulsional), mientras que en la psicosis ese mismo yo, al servicio del ello, se retira de un fragmento de la realidad” (p. 193). De forma que le da sentido a la elaboración lacaniana del fantasma, pues Freud está diciendo que siempre hay una pérdida de realidad, lo que cambia en estas estructuras es cómo se sustituye esta pérdida. En las neurosis, la realidad se evita y se construye gracias a la represión y por lo tanto al fantasma (\diamond) mientras que en la psicosis la realidad se sustituye, aquello que fue rechazado se impone cada vez en la vida anímica, hay un retorno de lo real, el sujeto no se ha separado del objeto. Por esto Lacan dirá que el psicótico lleva el *objeto (a)* en el bolsillo.

¿Se pueden observar los efectos de la ausencia del \diamond en el fantasma? En la clínica estos efectos no cesan de aparecer, el sujeto alucina, se siente invadido o perseguido, hay un retorno de lo real como “... lo que es rehusado en el orden de lo simbólico, vuelve a surgir en lo real” (Lacan, (1955-1956) /2011, p. 25). Y además por la ausencia del \diamond el *pasaje al acto* es común en la psicosis.

El *pasaje al acto*, es propuesto por Vandermersch como uno de los “**estados-límites** de la clínica” (2013, p. 667) haciendo referencia a que se franquean fácilmente los límites del fantasma. El *pasaje al acto* es un “acto” en el que el sujeto se acerca tanto al objeto que, termina identificándose con este.

Acercarse al objeto es causa de gran angustia para el sujeto, hay “certeza de la angustia” porque este objeto perfora las defensas que el sujeto tiene frente a lo real y el encuentro es abrupto, impensado. Este encuentro es el que empuja al sujeto hacia el acto como una respuesta impulsiva que intenta salvar la situación de un modo salvaje, en muchos casos se trata a lo real de la angustia por lo real del cuerpo, de ahí que se observe en la clínica heridas o cortes en el cuerpo, ya sea en el cuerpo propio o en el de otro, dice Millas (2014).

Si ustedes quieren referirse a la fórmula del fantasma, el pasaje al acto está del lado del sujeto en tanto que este aparece borrado al máximo por la barra. El momento del pasaje al acto es el del mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción como desorden del

movimiento. Es entonces cuando, desde allí donde se encuentra –a saber, desde el lugar de la escena en la que, como sujeto fundamentalmente historizado, puede únicamente mantenerse en su estatuto de sujeto– se precipita y bascula fuera de la escena. Ésta es la estructura misma del pasaje al acto (Lacan, (1962-1963) /2007, p. 128).

En el *pasaje al acto*, el sujeto parece perderse, sale del marco de la realidad, sale de la escena y entra en lo real, produciendo angustia, siendo este momento inaprehensible para el sujeto.

La relación con lo real entonces, está determinada por la forma en la que el sujeto se acerca a este registro y que sin duda bordea todo el tiempo, el no haber desprendido de sí mismo el desecho (**a**), hace que este sobrevenga al sujeto repetidamente, por ejemplo en la alucinación que está ligada a los objetos de la pulsión.

Dicen que soy un paranoico, [Lacan, refiriéndose a Schreber] y dicen que los paranoicos son personas que refieren todo a sí mismas. Si es así, se equivocan, no soy yo quien relaciona todo conmigo, es él quien relaciona todo conmigo, ese Dios que habla sin parar en mi interior mediante sus diversos agentes y prolongaciones. Es quien tiene el malhadado hábito, a propósito de todo lo que experimento, de hacerme notar de inmediato que tiene que ver conmigo, o incluso que es mío (Lacan, (1955-1956) / 2011, p. 195).

Para Schreber, Dios le hablaba a él y solo a él a través de sus nervios, no había lugar para la duda, pues esa *voz* -que aunque proviene de su interior- es la *voz* de Otro, que no se puede controlar ni eludir, su mandato es claro y frente a este no hay alternativa. Hay una relación con la voz en tanto objeto de la pulsión, una voz que se presenta cuándo y cómo quiere, que como paradoja se produce en su pensamiento y solo para él, voz que es imposible de reconocer como propia aunque el sujeto sabe que le pertenece a él.

¿Será esto una alucinación auditiva? ¿Cuál es el carácter de la alucinación? Según la psiquiatría, una alucinación es una “Percepción sensitiva falsa que se produce en ausencia de cualquier estimulación externa pertinente al sentido implicado” (Sadock & Sadock, 2009, p. 274). Así clasifica y determina alucinaciones: auditivas, congruentes con el estado de ánimo, de órdenes, gustativas, hápticas, hipnagógicas, hipnopómpicas, incongruentes con el estado de ánimo, liliputienses, olfativas, somáticas y visuales. Se torna sugestivo entonces, pensar que las alucinaciones tienen relación con los objetos de la pulsión, pues, la alucinación gira en torno al cuerpo y sus agujeros.

Lacan no dista de esta definición, en el sentido en que la alucinación se impone como algo externo al sujeto, es “... una ruptura en el texto de lo real” ((1955-1956)/2011, p. 196). Sin embargo, pese a que se dice que la alucinación es una percepción sin estímulo, el Psicoanálisis da cuenta de que la alucinación es un hecho del lenguaje.

Que el presidente Schreber vea pequeños hombrecitos o que escuche lo que le dice Dios, es “cierto” a partir de lo que él formula con las palabras, o que Lol V. Stein se sienta vacía de pensamientos solo se sabe porque es hablado, aunque el vacío en el pensamiento no le permita la articulación del mensaje, como si no se le ocurriese nada. En la psicosis la certeza, da cuenta de la palabra llena sin franqueamiento que constituye su realidad.

El psicótico no se sostiene a distancia del goce, habita en él; está identificado con su goce. Él es goce. La alucinación allí no es una percepción de alguien. No hay distinción entre *perceptum* y *percipiens*¹¹. Faltando el losange que aleja al sujeto del goce del objeto @, la condensación se produce ahora entre los dos términos del fantasma. Habría que pensar en un vocablo análogo al de *holofrase* para designar esta coalescencia entre \$ y @ cuyo ejemplo más conspicuo es la alucinación. En la percepción el sujeto tiene delante a un objeto y puede someterlo a la “prueba de realidad” freudiana; en la alucinación el sujeto está fundido, confundido, con su objeto. No son dos, son uno solo, no guardan una relación de exterioridad recíproca (Braunstein, 2006, p. 277).

Lacan ((1957-1958) /2009, p. 518), hace referencia al *percipiens* como aquello que tiene completo poder sobre la realidad y que participa en la experiencia común de los sujetos, concerniendo al yo en la medida que da cuenta de esa realidad. Así, el *percipiens* en la psicosis da cuenta de la pérdida de realidad, pero no solo de esto, sino de algo menos obvio y mucho más importante: de aquello que sustituye a esta realidad “perdida”.

Nos atrevemos efectivamente a meter en la misma bolsa, si puede decirse, todas las posiciones, sean mecanicistas o dinamistas en la materia, sea en ellas la génesis del organismo o del psiquismo, y la estructura de la desintegración o del conflicto, sí, todas, por ingeniosas que se muestren, por cuanto en nombre de hecho, manifiesto, de que una alucinación es un *perceptum* sin objeto, esas posiciones se atienen a pedir razón al *percipiens* de ese *perceptum*, sin que a nadie se le ocurra que en esa pesquisa se salta un tiempo, el de interrogarse sobre si el *perceptum* mismo deja un sentido unívoco al *percipiens* aquí conminado a explicarlo (Lacan, (1957-1958) /2009, p. 510).

¹¹ Perceptum indica lo que es percibido y Percipiens indica al sujeto que lo percibe.

En relación al *perceptum* y al *percipiens*, Lacan ((1957-1958)/2009, p. 511), habla de la alucinación verbal como no reductible a un *sensorium* en particular ni al *percipiens*. Poniendo énfasis en que, la alucinación verbal se produce por “movimientos fonatorios esbozados”, es decir que el sujeto mismo produce las palabras que escucha y que para él provienen de Otro, haciendo referencia con esto a la invasión del lenguaje en el sujeto.

... el punto crucial es: que dado que el *sensorium* es indiferente en la producción de una cadena significante;

1° ésta se impone por sí misma al sujeto en su dimensión de voz;

2° toma como tal una realidad proporcional al tiempo, perfectamente observable en la experiencia, que implica su atribución subjetiva;

3° su estructura propia en cuanto significante es determinante en esa atribución que, por regla, es distributiva, es decir, con varias voces, y que plantea pues, como tal, al *percipiens*, pretendidamente unificador, como equívoco (Lacan, (1957-1958) /2009, p. 511).

Si bien es cierto, el *sensorium* “es indiferente en la producción de la cadena significante”, no por ello, no se relaciona a la alucinación con este, es decir, el sujeto relaciona a la alucinación con un determinado sentido, con un lugar específico del cuerpo sin tomar en cuenta que la alucinación es en sí misma un fenómeno cuando es dicha, por ello también las alucinaciones son reiterativas, retornan de una forma similar porque se ubican en el nivel del lenguaje, mostrándose en algún momento cuando la cadena de significantes aparece rota.

... Fue necesario Ségla¹² y su libro *Lecciones clínicas*. Por una especie de proeza al inicio de su carrera, hizo notar que las alucinaciones verbales se producían en personas en las que podía percibirse, por signos muy evidentes en algunos casos, y en otros mirándolos con un poco más de atención, que ellos mismos estaban articulando, sabiéndolo o no, o no queriendo saberlo, las palabras que acusaban a las voces de haber pronunciado. Percatarse de que la alucinación auditiva no tenía su fuente en el exterior, fue una pequeña revolución. (...) ¿El fenómeno de la palabra, tanto en sus formas patológicas como en su forma normal, puede ser dissociado del

¹² Lacan, en el Seminario: “Las Psicosis” hace varias referencias a los psiquiatras franceses que tienen influencia en la elaboración que realiza de la psicosis y de la lectura que tiene del Psicoanálisis. Tomando así a Ségla y a otros psiquiatras que se dedicaron al estudio de las alucinaciones (o fenómenos de sentido), quienes determinan algunas categorías para hablar de ellas, es decir, para ellos no todas las alucinaciones son un fenómeno del lenguaje. Entre estas clasificaciones, es reconocida la siguiente: 1. Alucinación carente del sensorio (voces incorpóreas, representan una experiencia mística y no se pueden conceptualizar) 2. Alucinaciones psicosensoresiales se refieren a percepciones sin objeto, considerando que el sensorio percibe desde el exterior al objeto) y 3. Alucinaciones psicomotrices-verbales (el sujeto que alucina realiza movimientos bucofonatorios). (Millas, 2014)

hecho, empero sensible, de que cuando el sujeto habla, se escucha a sí mismo? Una de las dimensiones esenciales de la palabra es que el otro no es el único que lo escucha a uno (Lacan, (1955-1956) / 2011, pp. 39, 40).

Estas alucinaciones, se diferencian entre fenómenos de código y fenómenos de mensaje. Los fenómenos de código, se tratan de una *Grundsprache* o lengua-de-fondo¹³ que produce neologismos según la lengua del paciente (que se retrae a una lógica, a un sentido y a un empleo único dado por el sujeto) y que informan al sujeto sobre el empleo que debe darle a sus palabras o a su nuevo código. Una característica importante de estos fenómenos es que la comunicación se constituye por el significante mismo y no por la significación que le podría ser otorgada. Por ejemplo, Schreber para designar a la lengua fundamental suya, debía usar la denominación de *Grundsprache*, dice Lacan ((1957-1958) /2009, pp. 514, 515).

Los fenómenos de mensaje, son mensajes interrumpidos en los que el sujeto ha sido puesto a prueba por su interlocutor alucinado (interlocutor divino para Schreber). El interlocutor limita los mensajes que le llegan al sujeto, y aunque su carácter de interrumpidos no restringe el sentido de estos, su carácter de hostigantes y ofensivos lo intimidan, pues ciertamente él se sabe inducido a una trampa.

Pero nos detendremos aquí también en el texto mismo de lo que podríamos llamar la provocación (o mejor la prótasis) alucinatoria. De semejante estructura el sujeto nos da los ejemplos siguientes (S. 217-xvi): 1] *Nun will ich mich* (ahora me voy a...); 2] *Sie sollen nämlich...* (debe usted por su parte...); 3] *Das will ich mir...* (Voy a...), para atenernos a éstos –a los cuales debe replicar con su suplemento significativo, para él nada dudoso, a saber: 1° rendirme al hecho de que soy idiota; 2° por su parte, ser expuesto (palabra de la lengua fundamental) como negador de Dios y dado a un libertinaje voluptuoso, para no hablar de lo demás; 3° pensarlo bien (Lacan, (1957-1958) /2009, p. 517).

Lacan ((1957-1958) /2009, p. 517), nota que el mensaje se interrumpe cuando este designa las palabras que en el código dan cuenta de la posición del sujeto, con lo que la parte léxica de la frase, aquella parte que comprende el empleo de las palabras dadas por el código (ya sea el código delirante o el común) queda elidida.

¹³ Lacan toma el término de Lengua-de-fondo del texto de Schreber, haciendo referencia a la lengua fundamental del sujeto, que es por un lado la lengua madre del sujeto, y por otro es la lengua que proviene del Otro y de la que no puede eludirse.

En ambos fenómenos (de código y de mensaje), se puede observar que la función significante predomina debido a la relación existente entre código y mensaje que adquiere sus particularidades en relación al interlocutor, que es producto de la alucinación (de una voz) para el sujeto.

... Oportunamente mostré que es imposible concebir la fenomenología de la alucinación verbal si no se comprende el propio término empleado para designarla –voces.

En tanto está presente en ella el objeto de la voz, está presente el *percipiens*. La alucinación verbal no es un falso *perceptum*, es un *percipiens* desviado. El sujeto es inmanente a su alucinación verbal. Esta posibilidad debe llevarnos a preguntar por lo que tratamos de obtener en el análisis en lo que respecta a la acomodación en el *percipiens* (Lacan, 1964 / 1997a, p. 265).

Así, la alucinación verbal da cuenta no solamente de las alucinaciones auditivas, sino también de aquellas que se producen en torno a los agujeros del cuerpo, es decir de las otras alucinaciones que son propias de la psicosis. Brillaud, dice que las alucinaciones llamadas sensoriales olfativas o visuales siempre están bajo la dependencia de las alucinaciones verbales (2012a, p. 8).

En la teoría psicoanalítica, hay mucho material sobre las alucinaciones verbales pero es escaso aquel que está relacionado con las alucinaciones visuales, olfativas o táctiles, pues, son pocas las referencias que se realizan sobre éstas, al parecer porque es muy común que en el paciente las alucinaciones se presenten desde la audición. No obstante, algo que se menciona con frecuencia sobre las alucinaciones es que “lo que es rehusado en el orden de lo simbólico, vuelve a surgir en lo real” (Lacan, (1955-1956) / 2011, p. 25).

De forma que, se vuelve a la forclusión del *Nombre-del-padre* porque es gracias a la *Metáfora Paterna* que se garantiza el acceso a lo simbólico, por lo tanto, en la psicosis este acceso está coartado y en cualquier momento aquello que no se ha inscrito en lo simbólico retorna desde afuera, desde lo real. Este retorno desde lo real, da cuenta de que lo real no es lo verdadero ni lo objetivo sino que es afín a la historia del sujeto, una historia que está escindida en la psicosis.

¿Qué está en juego en un fenómeno alucinatorio? Ese fenómeno tiene su fuente en lo que provisoriamente llamaremos la historia del sujeto en lo simbólico. No sé si mantendré siempre esta conjunción de términos, ya que toda historia por definición es simbólica, pero conservemos por el momento la fórmula. La distinción esencial es esta: el origen de lo reprimido neurótico no se sitúa en el mismo nivel de historia en lo simbólico que lo reprimido en juego en la psicosis,

aun cuando hay entre los contenidos una muy estrecha relación (Lacan, (1955-1956) / 2011, p. 25).

No se trata del *sensorium*, la alucinación es un fenómeno que en su extrañeza trata de adecuarse a la realidad del sujeto, esto no debe entenderse como que el *percipiens* produce las sensaciones falsas porque las unifica mal, sino que estas percepciones se adecuan a la relación que el sujeto mantiene con el lenguaje y que no es unívoco, entonces la alucinación está marcada por aquello que no se ha inscrito en el sujeto y que proviene desde otro lugar diferente, apareciendo como exterior.

Ven el *perceptum*, lo que es percibido, cuando se trata de fenómenos de lenguaje, ya sean alucinatorios o no, ya sean simplemente fenómenos de diálogo, y bien, lo que es percibido, el *perceptum*, no es unívoco y depende, como lo subrayaba Lacan, de las subjetividades interesadas en el objetivo de lo que es percibido.

... Dicho de otro modo, el sujeto, ese que Lacan llama el *percipiens*, la instancia que percibe, que en el momento en donde se produce la síntesis que otorga sentido a la palabra, en el momento en el que él accedería a la significación de la palabra, y bien en ese momento, el sujeto está en posición, no de agente como espontáneamente creeríamos, no de agente del *perceptum*, sino de paciente del *perceptum*, de aquello que es percibido. Es decir que, no es el *percipiens* quien organiza el *perceptum*, no es el sujeto quien organiza lo que es percibido, se vuelve, nos dice Lacan, el paciente de lo que percibe (Landman, 2012, p. 8).

En este punto, se entiende que la cuestión de la alucinación no atañe al *sensorium* como lo que percibe, sino que se trata netamente de aquello que es percibido y que es ajeno al sujeto como *percipiens*. Sin embargo, no deja de ser interesante que en la alucinación alguna parte del cuerpo aparezca como afectada, el sujeto puede alucinar con olores, sabores, ruidos, palabras, movimientos, etc., que resultan insoportables, desagradables e invasivos. Lo que da cuenta de que el cuerpo no es solamente organismo, sino que sobrepasa a lo funcional y que se constituye marcado por el lenguaje, y que además es un cuerpo que en cierta medida estorba.

Este cuerpo subjetivo al estar marcado por el Otro pero no reconocido por el sujeto, hace que en él lo real se manifieste de una u otra forma "... a falta de inconsciente y a falta de fantasma, retumba la alucinación con su presencia de subjetividad imposible" (Paola, 1994, p. 48).

3.2 El imaginario y el cuerpo en las psicosis

A partir de la concepción del *narcicismo* en Freud (1914/ 2000b), momento en el que se desarrolla el yo, es ineludible la cuestión de lo imaginario. Por un lado, el narcicismo da cuenta de la unidad del cuerpo en tanto que el yo (*moi*) es un objeto, y por otro lado, da cuenta del estadio del espejo y de la identificación.

Ambos puntos son necesarios cuando se hace referencia a cualquier estructura y a su relación con el cuerpo; sin embargo, en la psicosis hay aspectos relevantes que no se pueden pasar por alto porque hay características del *narcicismo primario* que se mantienen en esta estructura en relación con el yo (*moi*) del sujeto y con los objetos de la pulsión, y la identificación aparece de una forma muy particular en su relación con el cuerpo.

Como se pudo leer en el primer capítulo, lo imaginario se va fundando a medida que el yo del sujeto se va constituyendo, este yo está caracterizado por su función principal que es el “principio de realidad”, a partir del cual el sujeto regula sus relaciones con el mundo exterior.

Pero, ¿Qué sucedería si este yo, que debería tener la capacidad de investir a otros objetos diferentes al sí mismo, no puede investirlos? Freud (1914/ 2000b, pp. 80, 81, 82), dice que esto se puede advertir claramente en la *parafrenia*¹⁴ y la *hipocondría*, en donde se puede observar una estasis de la libido de objeto en el interior del yo que resulta displacentera. Este desasimiento de la libido representa esa incapacidad del yo para investir a los objetos y por ende su efecto patógeno, que se manifiesta en un intento de restitución, que se da lugar en la psicosis en general.

Intento aquí penetrar unos pocos pasos más en el mecanismo de la parafrenia, y resumo las concepciones que ya hoy me parecen dignas de consideración. Sitúo la diferencia entre estas afecciones y las neurosis de transferencia en la siguiente circunstancia: en aquellas, la libido liberada por frustración no queda adscrita a los objetos por fantasía, sino que se retira sobre el yo; el delirio de grandeza procura entonces el dominio psíquico de ese volumen de libido, vale decir, es la operación psíquica equivalente a la introversión sobre las formaciones de fantasía en las neurosis de transferencia; de su frustración nace la hipocondría de la

¹⁴ Según el diccionario de Vandermersch y Chemama (2010, pp. 497, 498, 499) el término de parafrenia ha sido absorbido en la psiquiatría por los términos de paranoia y/o esquizofrenia. Sin embargo, puede identificarse como una noción clínica distinta de estas. Para Kraepelin, la parafrenia se caracteriza por el desarrollo de un delirio de persecución con ideas de grandeza (megalomanía) sin desintegración de la personalidad. Así también, Lacan dirá que esquizofrenia, paranoia y parafrenia son nosologías distintas, siendo esta última un imaginario sin yo.

parafrenia, homóloga a la angustia de neurosis de transferencia (Freud S. , 1914/ 2000b, p. 83).

De manera que el yo en la psicosis, no parece salir del narcisismo primario para investir a otros objetos, sino que se queda concentrado en el cuerpo propio tomándolo como único objeto, este cuerpo que aparenta una muy débil unidad resulta cautivador pero el sujeto nunca termina por apropiarse de él, así, el cuerpo es ajeno para el sujeto.

En el caso de la esquizofrenia, en cambio, se nos impuso el supuesto de que tras el proceso de la represión la libido quitada no busca un nuevo objeto, sino se recoge en el yo; por tanto, aquí se resignan las investiduras de objeto y se produce un estado de narcisismo primitivo, carente de objeto (Freud S. , 1915 / 2000d, p. 193).

Si no hay un paso hacia el narcisismo secundario, el cuerpo no se conforma como una superficie unificada con una relación adentro-afuera determinada, y por lo tanto la relación en torno a los agujeros resulta problemática.

Partiendo de la relación del cuerpo con sus agujeros, ya en la alucinación se puede dar cuenta, de que el sujeto toma a su yo como aquel que le habla, es decir lo toma como un objeto externo a sí mismo y por esta razón también se identifica con este.

Esto es realmente lo que se presenta en el fenómeno de la alucinación verbal. En el momento en que aparece en lo real, es decir acompañado de ese sentimiento de realidad que es la característica fundamental del fenómeno elemental, el sujeto literalmente habla con su yo, y es como si un tercero, su doble, hablase y comentase su actividad (Lacan, (1955-1956) / 2011, p. 27).

En efecto, el yo es yo y a su vez es otro, y resulta amenazante porque el sujeto tiene la certeza de que el yo que le habla se dirige a él, apreciándose el *automatismo mental*, pues, la relación que mantiene el sujeto con aquello que le habla o que no le deja pensar, no aparece en el orden de una comunicación con otro, sino que es del orden de una imposición. Para Schreber por ejemplo, “su relación con Dios, tal como nos la comunica es rica y compleja; con todo, no puede dejar de impactarnos el hecho de que su texto nada entraña que indique (...) la menor comunicación real, nada que dé idea de una verdadera relación entre dos seres” (Lacan, (1955-1956) / 2011, p. 113).

Así, la relación del sujeto con el mundo exterior está marcada por una indiferenciación de lo que le es propio y de lo que no, lo que sucede también con aquello

que concierne al adentro y al fuera. Desde el ámbito de lo imaginario, se puede dar cuenta de lo carente que es la relación del sujeto psicótico con lo simbólico, que es lo que permite la diferenciación de lo exterior y lo interior.

El yo, que aparece como “gran señor” y del que todos se fían, es una imagen y aunque no represente al sujeto estructura la realidad a la que debe adecuarse para poder establecer el lazo social. Esto es lo que muestra el esquema óptico del que se habló en el primer capítulo, a partir del cual, el yo establece el principio de realidad desde la mirada del cuerpo propio y la mirada del Otro sobre el cuerpo.

Constituyéndose así la mirada como un objeto, un objeto que debe ser desprendible del cuerpo propio para poder fijarse en otros objetos. Esto es lo que el *fort/da* muestra: la ausencia de la madre, es la ausencia de una mirada que le daba consistencia al sujeto, pero que gracias a esta ausencia el niño puede tomar a otros objetos diferentes y hacer símbolo de aquella ausencia, entonces el niño que en un inicio experimentaba gran angustia, deja de experimentarla porque puede investir a otros objetos y obtener cierta satisfacción de estos.

El esquema óptico basado en la mirada, permite articular a lo especular y al yo en relación con el Otro, pues, la imagen de sí mismo proviene del Otro y es gracias a él que se constituye como unificada y no como fragmentada. El Otro es el que permite al sujeto emerger como tal gracias a la identificación.

Esta relación con el Otro, imprescindible para el sujeto, muestra sus particularidades en la psicosis, cuando el Otro no facilita esta constitución subjetiva. La madre identifica a su hijo con el falo, y si no desprende de él la identificación, cubriendo su falta (A), esto presenta en sí mismo una obstrucción al proceso de estructuración del niño, pues, si la madre ha identificado a su hijo con el falo y el hijo se ha identificado con éste, sin dar lugar al S2, el deseo se paraliza, ya que el paso al falo (simbólico) es lo que produce el movimiento del deseo.

El Otro, no solamente ayuda a gestar la imagen del cuerpo propio, sino que permite que el sujeto reconozca su propio deseo. “El sujeto localiza y reconoce originariamente el deseo por intermedio no sólo de su propia imagen, sino del cuerpo de su semejante. (...) Porque reconoce su deseo en el cuerpo del otro el intercambio se efectúa” (Lacan, (1953-1954)/1996, p. 223). Así, el mundo simbólico, ordenado por la ley fálica es cercano al sujeto, ya que, se esboza a través de la consistencia de su cuerpo.

Lacan ((1957-1958) /2009), dice que la significación del falo debe evocarse en lo imaginario del sujeto por la *Metáfora Paterna* (p. 533). En el caso de la psicosis, hay la expulsión o forclusión del significante *Nombre-del-padre*, lo que provoca un agujero en el lugar de la significación fálica. Para mostrar la complejidad de esta carencia, el *Esquema R* y el *Esquema I*, dan cuenta de los desplazamientos posibles de los lugares que ahí se muestran.

El *Esquema R* “... representa las líneas de condicionamiento del perceptum, dicho de otra manera, del objeto, por cuanto estas líneas circunscriben el campo de la realidad, muy lejos de depender únicamente de él” (Lacan, 2009 b, p. 529).

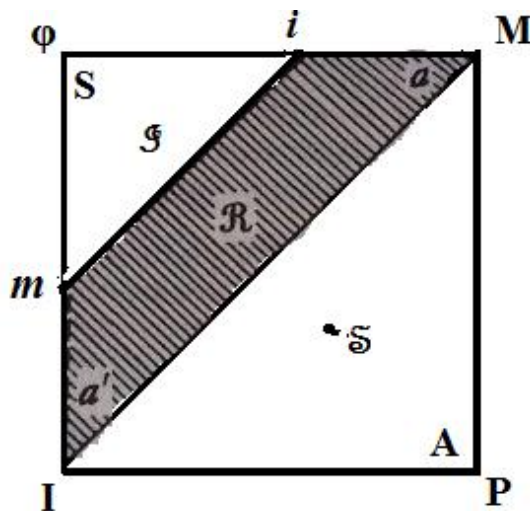


Imagen 3

Esquema R - Imagen tomada de: Lacan, 2009b

El triángulo que se forma desde la esquina inferior derecha (**P**: posición en A del *Nombre-del-padre*) hacia su lado superior (**M**: significante del objeto primordial) y hacia su lado izquierdo (**I**: Ideal del yo), es un triángulo simbólico. Los vértices *i* y *m* representan a los términos imaginarios de la relación narcisista: el yo y la imagen especular. En la esquina superior izquierda, se muestra a la significación del sujeto (S) bajo el significante falo. Y, en el centro se ilustra al campo de la realidad, que está delimitado por *MimI*. Y el esquema está constituido como una banda de moebius.

Este esquema, da cuenta del sujeto de la neurosis, en la medida en que el significante fálico regula la realidad psíquica (organizada por el fantasma) del sujeto y define su relación con la realidad efectiva.

El *Esquema I*, muestra que hay un desplazamiento de los lugares porque hay un vacío a nivel de lo simbólico, de hecho, aunque proviene del *Esquema R*, difícilmente podría reconocerse porque responde a una lógica distinta. De este *esquema* “... se desprenden las relaciones por las cuales los efectos de inducción del significante, actuando sobre lo imaginario, determinan ese trastorno del sujeto que la clínica designa bajo los aspectos del crepúsculo del mundo, que necesita para responderle nuevos efectos de significante” (Lacan, (1957-1958) /2009, p. 547).

Este esquema toma como base la lectura de las Memorias del presidente Schreber, por esta razón, el texto del gráfico hace referencia a Schreber.

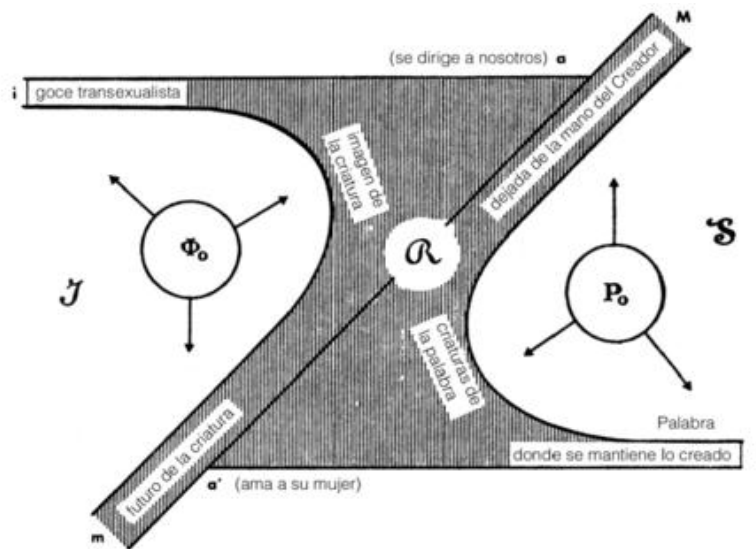


Imagen 4

Esquema I. Tomado de: Lacan, Escritos 2

I, aparece en este esquema en la parte inferior derecha, este lugar en el *esquema R* está representado por la P, sin embargo, en la psicosis este lugar de la ley queda vacante por la forclusión, así la I que en el *esquema R* se encuentra en la parte inferior izquierda, se desplaza y ocupa el lugar de P, mostrando también la ausencia en la que se constituye la simbolización primordial de M.

La forclusión del Nombre del Padre en la estructura acarrea el no funcionamiento del falo simbólico, fenómeno que Lacan indica en el esquema I de la “Cuestión preliminar a todo tratamiento posible...”, escribiendo que a P_0 corresponde F_0 . El agujero en lo imaginario, la perplejidad, la autonomización del significante, la actitud interrogativa, el enigma, todos esos

fenómenos constituyen una consecuencia directa de la falta de significación fálica. (Maleval, 1998, p. 151)

Además, la realidad (R) aparece como un agujero en el esquema, donde el soporte de la cadena significante falta y donde se pierde la relación de esta con a y a' . Este es el lugar, que el sujeto ha reconstruido con ayuda de lo imaginario y que produce gran confusión en el sujeto porque no logra distinguir entre a y a' .

Pues ya y recientemente se había abierto para él [Schreber] en el campo de lo imaginario la hiancia que respondía allí al defecto de la metáfora simbólica, la que no podía encontrar cómo resolverse sino en el cumplimiento de *Entmannung* (la emasculación).

Objeto de horror al principio para el sujeto, luego aceptado como un compromiso razonable (*vernünftig*, S. 177-XIII), desde ese momento decisión irremisible (S. nota de la p.179-XIII), y motivo futuro de la redención que interesaría al universo (Lacan, (1957-1958) /2009, p. 539).

Gracias a lo imaginario, el deseo del niño logra identificarse con la carencia en ser de la madre (a la que ella también está identificada). Cuando en esta identificación algo falla, la carencia no está marcada por el falo -considerado como un objeto imaginario que da cuenta de lo simbólico- sino que se intenta encarnar al falo, o se pretende completar la falta a la que el Otro está abocado.

Sin duda la adivinación del inconsciente ha advertido muy pronto al sujeto de que, a falta de poder ser el falo que falta a la madre, le queda la solución de ser la mujer que falta a los hombres (Lacan, (1957-1958) /2009, p. 539).

El sujeto, que ha tomado una posición particular con respecto al Otro y con el deseo, adquiere una confrontación con su cuerpo, pues no solo es lo que le da un estatuto de sujeto, sino que al parecer tiene una misión, para Schreber por ejemplo, la de mudarse en mujer, en la mujer de Dios y gozar de ello.

Entonces, el cuerpo es extraño para el sujeto porque no termina de apropiarse de él, es como si le perteneciese a otro que le ha destinado alguna clase de intrusión en este de la que no puede liberarse. Ahí se presenta, el goce narcisista y una identificación ideal que se manifiestan alrededor del agujero representado en el *esquema I*.

Todo el espesor de la criatura real se interpone en cambio para el sujeto entre el goce narcisista de su imagen y la alienación de la palabra donde el Ideal del yo ha tomado el lugar del Otro (Lacan, (1957-1958) /2009, p. 547).

El significante fálico y el *Nombre-del-Padre* no están del todo excluidos, aparecen por fuera del esquema con el subíndice 0, indicando, que aunque la realidad psíquica no está regulada por el falo hay una realidad para el sujeto. Por otro lado, al existir el significante fálico en el esquema, se puede pensar que la restitución que realiza el sujeto de la realidad con la ayuda de lo imaginario, tiene cierta carga de lo simbólico, pues, permitiría una estabilización y soportaría el efecto de lo imaginario en el sujeto.

Para que la psicosis se desencadene, es necesario que el Nombre-del-Padre, *verworfen*, precluido, es decir, sin haber llegado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en oposición simbólica al sujeto.

Es la falta del Nombre-del-Padre en ese lugar la que, por el agujero que abre en el significado, inicia la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante.

Pero ¿Cómo puede el Nombre-del-Padre ser llamado por el sujeto al único lugar de donde ha podido advenirle y donde nunca ha estado? Por ninguna otra cosa sino por un padre real, no en absoluto necesariamente por el padre del sujeto, por Un-padre (Lacan, (1957-1958) /2009, p. 551, 552).

Entonces, la relación del sujeto con la imagen de sí mismo esta escindida porque no hay consistencia en el cuerpo, la forclusión ha actuado de manera que determina que lo imaginario sustituya aquello que no se ha podido anudar como lo simbólico.

Lo imaginario así, parcha de alguna forma la relación especular del sujeto, dando cierta consistencia a su imagen hasta que alguna confrontación con lo simbólico ponga en duda esa consistencia, sin que eso signifique que haya un reconocimiento del cuerpo como propio, ni que haya una diferenciación entre lo que se denomina orgánico y lo que no es.

3.3 El cuerpo fragmentado

Si bien es cierto, el ser humano en el espejo se ve como uno, eso no significa que su vivencia en relación con el cuerpo sea unificada. Los neuróticos pueden sentir que su cuerpo está adolorido, que alguna extremidad no responde ante algún estímulo, que algo no está bien en el cuerpo, etc. En la histeria por ejemplo, la referencia al cuerpo está ligada al síntoma conversivo mostrando que todo síntoma como formación del inconsciente retorna al cuerpo de alguna manera. Sin embargo, el síntoma hace referencia a aquel cuerpo erógeno que el sujeto y el Otro, han investido, de ahí que una “cura” sea posible.

En la psicosis, la referencia al cuerpo se encuentra del lado de lo erógeno, pero hay algo que pesa más: el cuerpo biológico. El sujeto siente aquel cuerpo biológico (que a menos que haya un mal crónico o una dolencia aguda, para la mayor parte de neuróticos está olvidado) de tal manera que lo orgánico se presenta con mucha frecuencia sin encontrarse con un sustento en la realidad efectiva. A esto se le llama *hipocondría*, presentándose con frecuencia en la psicosis.

La *hipocondría*, es un síntoma clínico que se presenta desde la antigüedad. Hasta el siglo XVII se la consideraba como una enfermedad mental de causas digestivas: “... La *hypochondrie* es una parte precisa del cuerpo situada debajo de las costillas: los órganos alterados son, por consiguiente, el estómago, el hígado o el bazo...” (Chemama & Vandermersch, 2010, p. 309). Hacia el siglo XVIII, la *hipocondría* es considerada una enfermedad mental independiente de las afecciones digestivas y de la histeria; y en la clínica psiquiátrica actual y en la clínica psicoanalítica se considera como un mecanismo de la psicosis. Entendiéndose entonces por hipocondría:

Vertiente de la psicosis que lleva al cuerpo propio al primer plano. Puede ser analíticamente considerado como aquello en lo que se especifica la relación obnubilante y totalizante del psicótico con el cuerpo, en la medida en que no se reduce a lo somático (Chemama & Vandermersch, 2010, pp. 309, 310, 311).

Aunque se presenta en general en la psicosis, hay que considerar que cada modo de psicosis y sus manifestaciones tienen particularidades diversas. Por esta razón, tanto Freud como Lacan hacen mención a algunos cuadros clínicos importantes cuyas diferencias permiten que se distinga un cuadro de otro, sin que esto signifique que estos cuadros no puedan ser mixtos, de hecho, ninguno de estos cuadros ha podido verse en la clínica en su forma más “pura”.

En los diferentes textos de Freud y Lacan, se puede dar cuenta de que hay varias referencias principalmente a: la paranoia, las parafrenias y la esquizofrenia. Tres cuadros nosológicos que presentan características propias con una relación particular con el cuerpo. Además, Freud en “Duelo y Melancolía” ((1917[1915]) /2000) hace mención a la melancolía y a su posible relación con la psicosis, al igual que otros autores más contemporáneos muestran cómo en la clínica se presentan cuadros psicóticos en los que la melancolía está presente.

Así, se hará una mención breve sobre estos cuatro cuadros clínicos que han mantenido el interés del Psicoanálisis, y que sobretodo, muestran que la relación del sujeto con el cuerpo está atravesada por el fantasma de una fragmentación irrevocable, de la que el sujeto es fiel testigo y sufriente.

La paranoia, se caracteriza por presentar un delirio referencial bien sistematizado. El sujeto tiende a explicar el delirio con gran cantidad de detalles, por lo que busca ser escuchado, sus explicaciones tienen argumentos precisos, convincentes y con gran carga de racionalidad (A=A), razón por la que podría pasarse a un delirio como un evento que sucede en la realidad efectiva de cualquier sujeto, es decir pensar que el sujeto es un neurótico. El contenido del delirio una vez sistematizado se congela, aunque se agreguen elementos, su significación seguirá siendo la misma y seguirá siendo coherente, este delirio da cuenta de un sujeto apasionado con una causa, según Juan José Ipar (s.f.).

En relación al cuerpo, hay un fenómeno básico: hay transformaciones corporales, estas pueden ser imperceptibles o tomadas de una forma metafórica porque el sujeto tiende a explicar mucho su delirio. Aun así, el sujeto muestra la falla cuando el intento de restaurar la integridad de su cuerpo aparece, pues, su relación con los límites de cuerpo está quebrantada y el sujeto no puede responder ante la perplejidad que esto le produce.

Freud ((1911 [1910]) / 1991), en su análisis del presidente Schreber, hace varias referencias a un cuerpo muy particular que tiene nervios que atraen a Dios, se le han destruido los órganos y por causas divinas puede vivir sin ellos mientras siga siendo varón, porque hay un llamado a ser “la mujer de Dios”.

El síntoma hipocondriaco es muy visible en Schreber, pues la referencia al cuerpo orgánico tiene gran peso en la sistematización de su delirio. Se debe recordar que la primera enfermedad del presidente (de la que no se tiene información) tiene un diagnóstico de

hipocondría grave, diagnóstico que permite pensar el comienzo de su psicosis, y que 9 años más tarde se presentará como tal, con un deterioro rápido de su salud, con síntomas hipocondriacos, catatónicos y con una gran sensibilidad en sus sentidos. El intento de restitución de todo lo que sucede con su cuerpo se constituye en un delirio cuyos protagonistas son él y Dios, en una relación en la que el propósito de Dios (que como agente persecutorio es malo) es la de convertirlo en mujer.

El análisis que Freud ((1911 [1910]) / 1991) realiza del caso, da cuenta del fracaso del padre en tanto función y entonces aparece en el delirio como Dios, como un intento de restitución en el sujeto que dé cuenta de la castración, que es y será siempre fallida.

Por tanto, también en el caso Schreber nos encontramos en el terreno bien familiar del complejo paterno. Si la lucha con Flechsig se le revela al enfermo como un conflicto con Dios, nosotros no podemos menos que traducirlo a un conflicto infantil con el padre amado, conflicto del cual unos detalles que desconocemos han comandado el contenido del delirio. (...) En estas vivencias infantiles el padre aparece como el perturbador de la satisfacción buscada por el niño, autoerótica las más de las veces, que en la posterior fantasía a menudo se sustituye por otra menos ingloriosa (Freud S. , (1911 [1910]) / 1991, p. 52).

Así en la vuelta que hace Lacan sobre Freud, se puede dar cuenta de la forclusión del *Nombre-del-padre*, donde la presencia del padre no basta para que la *Metáfora Paterna* se efectúe. En este caso, aquello que no se constituyó como reprimido, retorna desde lo real intentando restituirse como una prótesis imaginaria, que es de lo que se trata el delirio, aunque éste no solo se reduce a lo imaginario.

En el caso de la paranoia, el sujeto ha sustraído de las personas y del mundo exterior la investidura libidinal y todo esto se ha vuelto indiferente para él. Sepulta lo que sucede en el mundo exterior, como proyección¹⁵ del derrumbe que sucede en su interior. Intentando con el delirio, reconstruir o reestablecer lo que se ha derrumbado de una manera singular que le permite volver a establecer un vínculo con los otros y con el mundo exterior. En este proceso, la libido liberada de los objetos se vuelca sobre el yo, magnificándolo, como una fijación en el narcisismo, según Freud ((1911 [1910]) / 1991, pp. 65, 66, 67).

¹⁵ Freud (1991), en su análisis del caso Schreber, dice que la proyección es un mecanismo de la paranoia en donde "... lo cancelado adentro retorna desde fuera" (p. 66). Asimismo, habla de la represión como un mecanismo en la paranoia, donde el retorno de reprimido aparece en el paranoico. Con la elaboración de Lacan, el mecanismo que funda a la psicosis es la forclusión, mostrando un cambio en relación a la elaboración freudiana de la psicosis en general, descartando a la represión y la proyección como mecanismo en ellas.

En el caso de la esquizofrenia o demencia precoz¹⁶, las ideas delirantes son inconexas o fragmentadas por lo que el delirio se presenta como mal estructurado y poco convincente, la significación de éste se suspende sin una explicación, por lo no se habla de proyección como sucede en la paranoia, sino de alucinación. Además, el *automatismo mental* del que ya se habló antes, es evidente, pues no hay una pregunta del sujeto sobre lo que le ocurre aunque se sienta despojados de su ser, sus ideas son inconcretas mostrando un derrumbe psíquico y una apatía para las relaciones con los demás.

En la esquizofrenia, teniendo en cuenta su evolución menos favorable que la evolución de la paranoia, Freud deduce de ello que «la regresión no se conforma con alcanzar el estadio del narcisismo (que se manifiesta en el delirio de grandeza); llega hasta el abandono completo del amor objetal y el retorno al autoerotismo infantil. La fijación predisponente, en consecuencia, debe encontrarse más atrás que en la paranoia, estar situada en alguna parte del principio de la evolución primitiva que va del autoerotismo al amor objetal». (Chemama & Vandermersch, 2010, p. 223)

En relación al cuerpo, la fragmentación es más evidente que en la paranoia, pues las referencias que hace el sujeto sobre éste son muy llamativas. Lo orgánico se presenta como en ningún otro cuadro clínico, pues las alucinaciones corporales (o cenestésicas) dan cuenta de la falta de límite y de la imposibilidad del sujeto a renunciar al delirio. (También, en la esquizofrenia se puede escuchar que el cuerpo está “dañado” para el sujeto, como haciendo una referencia al cuerpo orgánico).

Freud, en “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia” ((1911 [1910]) / 1991) hace una aclaración que es oportuna:

Más sustantivo me parece conservar a la paranoia como un tipo clínico independiente, aunque su cuadro haría a menudo se complique con rasgos esquizofrénicos; en efecto, desde el punto de vista de la teoría de la libido, se la puede separar de la *dementia praecox* por una diversa localización de la fijación predisponente y un mecanismo distinto del retorno [de lo reprimido] (formación de síntoma). No obstante tener en común con aquella el carácter básico de la represión propiamente dicha, a saber, el desasimiento libidinal con regresión al yo (p. 70).

¹⁶ En relación a la designación de los cuadros clínicos, Freud utiliza el término de *dementia praecox* (o demencia precoz) para hacer referencia a la esquizofrenia y a la parafrenia y así diferenciarlas de la paranoia. Sin embargo, el uso en el presente trabajo del término demencia precoz hace referencia al uso que le da Kraepelin en tanto que lo usa para designar a la esquizofrenia como una entidad clínica distinta de otras.

En este texto, Freud (p. 70) dice que la demencia precoz, la esquizofrenia y la parafrenia son una misma entidad clínica, y que a pesar de ser distinta de la paranoia, tiene sus vínculos con ella. Sin embargo, ya antes se mencionó que la clínica psicoanalítica actual (Chemama & Vandermersch, 2010, p. 497) considera a la parafrenia como una entidad clínica distinta de la paranoia o esquizofrenia.

Por lo tanto, a la parafrenia se la considera como un cuadro clínico que se ubica entre la paranoia y la esquizofrenia, que consecuentemente presenta características de ambas. Una de sus particularidades, es que se presenta a edades tardías y con un delirio mal sistematizado. Según Ruiz (s.f.), es crónica con un alto nivel de fantasía, magnificando a lo imaginario y minimizando cualquier intento de racionalización, por lo que el delirio se presenta con temas absurdos y con un reemplazo constante de las ideas que aparecen en él. Como Freud no diferencia a la parafrenia de la esquizofrenia, el mecanismo que aparece por lo tanto es el mismo, así como la relación con el cuerpo está marcada por la fragmentación que ya se ha mencionado.

Y en la melancolía, el sujeto desenviste al mundo exterior y a cualquier objeto de amor, incluido a su yo, por ello se denigra y reprocha a sí mismo. Este yo, resulta indigno y despreciable, es merecedor de castigo. El sujeto ha perdido algo ante su yo, pero no sabe qué es, entonces, identifica al yo como aquel objeto perdido, denigrándolo y tomándolo como único objeto, así como sucede en el narcisismo primario.

El cuadro de este delirio de insignificancia –predominantemente moral– se completa con el insomnio, la repulsa del alimento y un desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida (Freud S. , (1917[1915]) /2000, p. 244).

Lo que sucede en la melancolía, afecta al yo y afecta también al cuerpo, siendo para el sujeto un deshecho, un objeto que tiende a desaparecer. Es interesante como este cuerpo se muestra fragmentado, con una relación directa con el *objeto a*, un objeto que aparece como ominoso, que está presente ahí todo el tiempo haciendo irrupción, haciendo del cuerpo algo penoso de lo que hay que deshacerse, como si el objeto de alguna forma pudiera caer.

Les recuerdo que para el bebé, el seno hace parte de él, y no es sino en un segundo tiempo que va a poder efectuarse el corte; igualmente el escíbalo es considerado por el infante como haciendo parte de él, y ustedes saben bien los problemas que pueden darse cuando él no quiere donarlo. En la mayor parte de los casos, el infante termina por aceptar soltarlo, pero

he encontrado pacientes psicóticos que hacían pequeños paquetes con sus excrementos y que los ocultaban bajo el colchón o en los rincones. El seno y el escíbalo son los dos objetos más evidentes. Lacan añade la voz y la mirada, lo que ya es más difícil de entender y finalmente añade la nada que es lo que come la anoréxica (Brillaud, 2012b, p. 4).

Así se puede observar, que la hipocondría aparece en toda psicosis a pesar de las diferencias entre los cuadros clínicos. Esta particularidad de sentir una afectación en el cuerpo, está dada por un funcionamiento distinto de la pulsión, pues, al ser la pulsión aquello que está entre lo psíquico y lo somático, sin duda alguna está atravesada por el lenguaje. Entonces, si el psicótico se halla en una posición distinta a la del neurótico respecto al lenguaje, también lo está respecto al cuerpo.

La constitución de la pulsión da cuenta, de que la castración en las pulsiones oral y anal, responden al objeto pecho y heces respectivamente, y que esta pone un litoral, contornea y da consistencia a los agujeros, como la boca que toma el seno, y el ano que expulsa las heces. Las relaciones primarias del niño se dan en relación a estos objetos, que una vez que hayan pasado por la castración, se constituyen como agujeros y ayudan a dar consistencia al cuerpo.

En el psicótico por la forclusión, el agujero no se constituye como borde y los objetos de la pulsión no se desprenden del cuerpo (de ahí que el *objeto a* se haga presente), quedando así un cuerpo taponado, sin una constitución definida de borde y por eso no hay distinción del adentro y del afuera.

El cuerpo taponado en su indiferenciación del adentro y afuera, es también un cuerpo abierto, pues la referencia a lo orgánico es formidable, el sujeto evoca a sus órganos y no hace metáfora de ellos. Por eso la hipocondría es un fenómeno común en la psicosis (muy notorio en la esquizofrenia), porque el síntoma en sí no se enlaza con el lenguaje, sino que intenta desprenderse de él y encarnarse.

En la esquizofrenia los veremos estallar en fragmentos, en la paranoia consistir en un cuerpo omnipresente autorreferenciado, en la parafrenia lo observaremos esfumarse debajo de sus ropas, en la manía y en la melancolía, de la combustión al agotamiento cadavérico, de un extremo al otro, en el intento infructuoso de escapar.

En todas estas variables hay un común denominador: el eje central extractor fálico no funciona, por ende el goce del Otro como consecuencia del no todo del falo, no pone en juego la discordancia (Paola, 1994, p. 64, 65).

En el caso de Lol V. Stein, el cuerpo no es más su cuerpo, se le ha arrebatado y queda representada por otra mujer. Lol no es más Lol, sino que se ha hecho otra, que no piensa, que no siente nada y que no se le ocurre nada. “El hombre de T. Beach sólo tiene una función que cumplir, siempre la misma en el universo de Lol: Michael Richardson, cada tarde, empieza a desnudar a otra mujer que no es Lol... y Lol... desde el cuerpo enfermo de la otra grita, espera en vano, grita en vano” (Duras, 2010, p. 42). Lol no puede hacer semblante de sí misma, no hay forma de que aquel cuerpo que le ha sido arrebatado, le sea devuelto, sigue siendo Otra, siendo evidente su automatismo porque el cuerpo no le pertenece ni sus pensamientos tampoco.

Asimismo sucede con el lenguaje, este es forzado, como si para ella fuera imposible articular una palabra que dé cuenta de lo subjetivo, que dé cuenta de su existencia. Para Lol tampoco la memoria existe, hay un lugar vacío que da cuenta de su estructura. “¿Cuántas veces, al reconstruir “escenas de baile” en nuestros pacientes desencadenados tras un momento forclusivo, nos encontramos con la imposibilidad del recuerdo?” (Paola, 1994, p. 29). Ella es una autómata, nada se le ocurre, no hay nada que dé cuenta de su ser para no pasar desapercibida y dar cuenta de su presencia, para ella lo subjetivo (su lenguaje, sus pensamientos y su cuerpo) está abolido. Le pertenecen a la mujer en la que se imagina.

Este caso y el del presidente Schreber, son distintos. En el primero (de Lol) el cuerpo no tiene un registro en el sujeto y le pertenece todo el tiempo a otro, la mirada es un factor importante porque Lol a través de ella no deja de ser el otro, observa la escena del baile y así las demás escenas importantes en su vida como si ella fuera la protagonista, como si el cuerpo ajeno fuera el propio. En el caso de Schreber, el cuerpo se transforma, se torna distinto de lo que es, Dios hace lo que quiere con él. Cuando Schreber se mira en el espejo, reconoce a una mujer, su imagen se ha mudado en otra.

Entonces, el cuerpo en el psicótico está ligado a la mirada como objeto, la mirada lo construye y lo derrumba, el *objeto a* se presenta ahí como un estorbo que hace del cuerpo algo ajeno y fallido. No ha logrado, como en la neurosis, constituirse como una superficie en la que el sujeto puede tomar parte en la identificación y con ello el salto a lo simbólico, sino que, se ha suspendido en la incapacidad de que lo especularizable funcione como proyectando algo diferente a un doble de sí mismo.

3.4 La castración real en el cuerpo

La constitución del cuerpo tal como ya se ha desarrollado antes, se da a partir de la relación especular con el otro (mirada/voz). La diferenciación con este otro da como resultado la unidad del yo; del cuerpo. Sin embargo, en la psicosis esta diferencia no está dada, los sentidos no se sostienen por la alteridad con el semblante y como efecto hay retorno constante desde el real. “El esquema óptico permite articular ciertos disfuncionamientos de la especularidad, en el campo de las psicosis por ejemplo, con los problemas del reconocimiento, cuando la puesta entre paréntesis del a no tiene lugar y viene a presentificarse en el campo de la experiencia del sujeto” (Villeneuve, 2001).

Lo real se presenta en el cuerpo, en los objetos de la pulsión. Se presenta bajo la “forma” del *objeto a*, pero aunque aparece en el cuerpo del sujeto, el objeto parece ajeno, estorba, viene desde afuera, está desespecificado.

El objeto a (pequeño a) no es un objeto del mundo. No representable como tal, no puede ser identificado sino bajo la forma de «esquirlas» [«éclats»: esquirlas, fragmentos brillantes, brillos] parciales del cuerpo, reductibles a cuatro: el objeto de la succión (seno), el objeto de la excreción (heces), la voz y la mirada (Chemama & Vandermersch, 2010, p. 480).

Este objeto, que no es representable en la neurosis y que es *objeto causa de deseo*, da cuenta de un resto que es desprendible del cuerpo y que el sujeto deberá buscar. Gracias a esto, se puede sustituir el *defecto del lenguaje* de un significante que garantiza la verdad¹⁷, siendo el falo el que garantiza este defecto de un significante en el Otro. En la psicosis, el defecto del Otro no está simbolizado y el *objeto a* no puede venir a ocupar un lugar de verdad en tanto que es *objeto causa de deseo*, siendo el cuerpo del sujeto el que puede verse solicitado a cumplir esa función cuando la hiancia en el Otro se manifiesta: está por lo menos confrontado sin esta mediación de *a* con una significación que lo apunta, dice Vandermersch (2014, p. 30, 31).

¹⁷ Es importante distinguir la noción del término verdad y del término certeza, pues para Lacan la verdad está relacionada con el deseo del sujeto, así lo menciona Evans en su diccionario: “... la verdad es siempre la verdad sobre el deseo” (2007, p. 195). También el diccionario de la Real Academia hace alusión a la verdad como algo subjetivo: “1. f. Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas se forma la mente. 2. f. Conformidad de lo que se dice con lo que se siente o se piensa” (2016).

A diferencia de la verdad, la certeza es algo que representa para el sujeto un saber al que no puede renunciar, el diccionario de la Real Academia la define como: 1. f. Conocimiento seguro y claro de algo. 2. f. Firme adhesión de la mente a algo conocible, sin temor de errar (2016).

En la neurosis, el sujeto gracias a la identificación puede darle consistencia al cuerpo, en tanto que el falo está más allá de él, es un cuerpo simbolizado. En la psicosis, el sujeto por la forclusión está en otro lugar frente al lenguaje, sufre la imposibilidad de metaforizar el cuerpo retornando desde el real el significante que lo organiza, que como ya se ha mencionado, se hace presente a través de la alucinación.

También, es el transativismo uno de los fenómenos en los que se puede observar, donde, si bien es cierto aparece en el sujeto, la reacción del sujeto es distinta cuando no está atravesada por lo simbólico.

Una función del transativismo es la de positivizar el sufrimiento, al hacer presentes, por este medio, a quienes estaban ausentes. Podría sugerirse que en ese proceso se efectúa una doble afirmación, que en el fondo la doble negación característica del transativismo “confiesa” por sí misma. Esa doble afirmación muestra cómo se inscribe la *Bejahung* en ese proceso: en este aspecto, el sufrimiento de la madre viene a hacer presente lo que aún lo estaba sólo virtualmente.

Por esta particularidad del mecanismo del transativismo, el sujeto no siempre hace presentes a unos ausentes: en ocasiones presentifica lo ausente, esta vez mediante un sustituto perfectamente presente, y ya no únicamente de manera imaginaria y simbólica. Ese sustituto puede ser el perseguidor, y es muy real; es el prójimo que, al volverse real, no solo produce el dolor, sino que lo autentica. Ese perseguidor puede elegirse para que sea la madre transativista de los orígenes cuyo goce el niño quiere recuperar y repetir; el yo se da ese nuevo sujeto. Ésa es la madre que va a decir: cuidado, te vas a lastimar, no como una prohibición, sino como una conminación al goce (Bergès & Balbo, 1999, p. 25).

El otro, entonces invade al sujeto. El límite que impone el transativismo si no está mediado por lo simbólico no se instaura, el sujeto queda desbordado por una experiencia en la que el otro goza de su cuerpo, frente a la cual es impotente.

La estructura para el psicótico es insuficiente cuando de lo simbólico se trata, pues cada vez que al sujeto se le presenta un evento en el que debe responder en dirección a lo simbólico, fracasa, se desencadena. Sin embargo, hay intentos que logran estabilizar al sujeto, algunos de estos intentos están relacionados con el corte en el cuerpo. En un intento de lograr la castración que no se constituyó como ley en lo simbólico, el sujeto pretende que esta devenga desde lo real del cuerpo, por eso en la psicosis es común ver: heridas, automutilaciones, operaciones para transformar el cuerpo, homicidios y suicidios, todo esto

en relación con el *objeto a*, manifestándose de diferentes formas dependiendo del cuadro clínico.

En la melancolía por ejemplo, el sujeto se identifica con el *objeto a*. “El sujeto va a seguir el destino del objeto que debía funcionar como causa de deseo con el riesgo terminal: sustraído del mundo de las representaciones” (Vandermersch, 2013, p. 670). Con esta identificación, el sujeto se sabe inmundo, un deshecho, la decisión de su destino depende de cómo esta identificación lo posiciona en el mundo. No es lo mismo que el sujeto salte por una ventana a que el sujeto se cuelgue de una viga o de un árbol. En el primer caso, de alguna forma el *objeto a* se une al objeto fálico, y en el segundo, el cuerpo representa al falo imaginario, dice Vandermersch (2013, p. 679).

A diferencia de la melancolía, en la paranoia el sujeto siente que alguien trama, que alguien hace cosas para impedir su deseo, la relación del sujeto con el mundo está marcada por la certeza del sujeto de que hay alguien que sabe de él, buscando las pruebas de ello a través de signos que le están dirigidos, y aunque no puede saber su significado, el otro lo sabe. A esto se le llama “significación personal” (2013, p. 672) que sitúa el delirio no como un error en relación a la realidad, sino como la posición que ocupa el paranoico en el discurso, sabiéndose distinto de los demás (ocupando así también la misma posición del perseguidor) y en su lucha con el doble que se le presenta, termina agrediendo a sí mismo.

Todo esto, pone al sujeto en la vía de magnificarse a sí mismo (revelando su posición de ser el falo), eso muestran los delirios clásicos asociados a la paranoia, el sujeto es erotómano, megalómano, celópata, etc., el otro hace, piensa, dice por y para él, ubicándose como única referencia para el otro, entonces, así como el melancólico se hace un falo en bruto al colgarse, o al ser un cuerpo que ha caído por una ventana, el paranoico le hace saber al otro su posición de falo diciéndole de su delirio, haciéndole saber al otro que no es “cualquier sujeto”.

La esquizofrenia dista de la paranoia y de la melancolía en su relación con el cuerpo ya que, en este cuadro clínico, la ruptura del lenguaje y de su relación con el cuerpo es evidente. La esquizofrenia muestra la fragmentación sin la posibilidad de una estabilización, la catatonía y la hebefrenia dan cuenta de ello con sus manifestaciones sobre el cuerpo. Ya Freud (1915 / 2000d, pp. 193,194), designa el mecanismo de la esquizofrenia como un estado del narcisismo primario carente de objeto, aclarando a continuación, que las alteraciones del

lenguaje dan cuenta de esto, en donde hay “el predominio de la referencia a la palabra sobre la referencia a la cosa” (Freud S. , 1915 / 2000d, pp. 197). Es decir que el sujeto toma a las palabras por las cosas y trata a las cosas concretas como cosas abstractas, mostrándose así que si hay una ruptura en relación con el lenguaje, también la hay en relación con el cuerpo.

En cada uno de los cuadros clínicos mencionados, la castración en el cuerpo se presenta de una u otra manera, pero solamente aparece cuando ha habido un desencadenamiento en el que el sujeto está invadido por el lenguaje, por el Otro; y en búsqueda de una estabilización, el sujeto se castra en lo real de su cuerpo. Es ahí cuando el *objeto a* solicita al cuerpo lo que no se puede garantizar desde lo simbólico.

Esto quiere decir, que no en toda psicosis los *fenómenos elementales* invaden al sujeto ni que hay castración en el cuerpo, entonces, hay psicosis discretas que pueden hacer pensar que la estructura de un sujeto es la de un neurótico.

CONCLUSIONES

El trabajo realizado no ha concluido. Las llamadas conclusiones dan cuenta de una breve reseña de lo que se ha trabajado a lo largo de estas páginas en función de nociones fundamentales para el psicoanálisis. No obstante, no se han planteado conclusiones como tales porque la teoría psicoanalítica no llega a conclusiones determinantes sino que abre preguntas, por esta razón no se da una explicación de la estructuración del cuerpo sino que se propone que lo trabajado en esta disertación pueda ser más desarrollado en otros trabajos y espacios clínicos. Además se apela a la posibilidad de la subjetividad: la clínica y el trabajo del uno a uno, siendo así que, lo que se encuentra en este texto, es la revisión bibliográfica de una clínica que da cuenta de conceptos imprescindibles para poder hablar de una u otra manera del sujeto. Por estas razones, lo que se propone a continuación son "anti-conclusiones" porque el trabajo no ha terminado, seguirá produciendo muchos encuentros entre el clínico y la teoría, y por supuesto así como sucede con el deseo, no cesará ni concluirá.

- A lo largo de estas páginas se ha trabajado el tema de esta disertación, dando cuenta de que el concepto de estructura es fundamental en la teoría psicoanalítica porque permite hablar sobre la psicosis no desde la patología sino desde una posición distinta, es decir de que el sujeto es sujeto de lenguaje y el lugar que ocupa respecto de este. Siendo así, que la base de esta elaboración es la estructura porque fundamenta que la constitución del sujeto de la psicosis sea distinta a la del sujeto de la neurosis, sin insinuar que esto sea incorrecto o esté por fuera de la norma, apelando a la aceptación de la subjetividad.
- Se ha trabajado el concepto de sujeto de manera implícita, si bien es cierto en la psicosis no se puede hablar de sujeto tal como se habla en la neurosis (como sujeto del inconsciente), se puede dar cuenta del *sujeto de la psicosis* en la medida que representa una posición frente al lenguaje distinta a la de la neurosis o de la perversión. Aquí la referencia al sujeto no es la de estar sujeto al Otro, sino que da cuenta del sujeto de la forclusión, que esta alienado al Otro.
- Con respecto del yo, su constitución es limitada en las psicosis en la medida en que el sujeto estructuralmente está impedido del investimento libidinal a objetos ajenos

a sí mismo, y si lo hace, este investimento es frágil. Dado esto, el yo del sujeto es débil, así también la identificación con el Otro. Teniendo en cuenta la constitución del yo y la relación con el Otro, el cuerpo hecho de significantes que han sido dados por la cultura y formado con las identificaciones que surgen gracias al yo, es un cuerpo desvalido y conflictivo porque la conformación como si fuera unificado no se ha logrado, siendo un cuerpo que puede desintegrarse en cualquier momento.

- En relación al lenguaje, el cuerpo no es cuerpo sin él, es gracias a que está investido por el significante, que el cuerpo de una u otra forma puede representar al sujeto, siendo así que el cuerpo, desde el momento en que recibe la demanda del Otro, deja de ser un “aparato biológico” y es algo más que eso, tiene un nombre y depende de la relación con el Otro, esta relación es distinta dependiendo desde el lugar con respecto al lenguaje en la que el sujeto se ubica.
- La relación dual para el sujeto psicótico está marcada por lo imaginario, porque a falta del anudamiento de lo simbólico, lo imaginario toma su lugar y la relación con el Otro no está mediada por la realidad, sino que el sujeto se crea una para sí mismo.
- La forclusión del *Nombre-del-Padre* es el mecanismo fundante de las psicosis y da cuenta de la estructuración del sujeto, en donde no tiene otra alternativa que estar por fuera de la afirmación primordial. A partir de la forclusión, se puede hablar de psicosis en psicoanálisis, porque construye alrededor del sujeto psicótico, una explicación para que se pueda comprender la posición del sujeto con respecto al lenguaje, a su cuerpo y a su relación con el Otro. Siendo este concepto, fundamental cuando de estructura se trata, porque da cuenta de las particularidades que el sujeto muestra.
- El Complejo de Edipo, es una de las elaboraciones freudianas más trascendentes para el psicoanálisis porque da cuenta de la represión como necesaria para que el sujeto se instaure en la neurosis, y es a partir de ella que también se puede dar cuenta de la desmentida como mecanismo que actúa en la perversión y de la forclusión en las psicosis. Todos estos mecanismos expuestos por Freud y retomados por Lacan, tienen un sustento en el Complejo de Edipo, cuya salida normativizante,

correspondería a la castración, pero sus variantes, es decir aquellos que no corresponden a la represión, se pueden localizar en los diferentes momentos de los tres tiempos del Edipo, descritos por Lacan.

Conjuntamente, con los tres tiempos del Edipo no se puede dejar de lado, que hay tres registros anudados (como un nudo borromeo): lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico, dependiendo de la estructura que el sujeto haya adquirido en relación con el Edipo, estos registros intervienen en la realidad del sujeto, y además, en su relación con el Otro, el lenguaje y el cuerpo.

- Cuando se trata de la psicosis es importante diferenciar el cuadro clínico del que se trata, porque la relación que el sujeto tiene con su cuerpo es distinta dependiendo del cuadro en el que podría localizarse, esto es importante porque apela a la singularidad del sujeto. Si bien es cierto, en el desarrollo de la disertación se describieron algunas de las formas en las que la psicosis puede presentarse, estos cuadros suelen presentarse de forma mixta y con particularidades propias en cada sujeto.
- La psiquiatría clásica presenta un aporte importante al desarrollo de esta disertación, se han tomado conceptos de ella para poder contextualizar y dar sentido a la elaboración lacaniana. Lo que se ha desarrollado sobre el automatismo mental da cuenta de los aportes de la psiquiatría que no cesan de dar pautas a la clínica psicoanalítica.
- Los fenómenos elementales de las psicosis son indicadores de la posición que el sujeto tiene en la estructura, es importante por ello, dar cuenta de ellos porque se presentan en el sujeto de formas que a veces pasan desapercibidas, pero que tienen su importancia en tanto que dan cuenta de la relación del sujeto con lo real y lo angustiante que esto se torna para el sujeto.
- Siempre que se hace referencia al cuerpo se está hablando del lenguaje. El cuerpo está atravesado por el significante que le da consistencia, sin el lenguaje, el concepto de pulsión carecería de sentido, pues el cuerpo no sería un cuerpo pulsional sino que sería un cuerpo instintivo, y nada diferenciaría al ser humano del animal. El trabajo realizado da cuenta de eso, en la medida en que al hablar de estructura se está

haciendo referencia a una determinada relación del sujeto con el lenguaje, de ahí que, en las psicosis los fenómenos que aparecen en relación al sujeto, estén siempre vinculados con el lenguaje.

- El tema de las psicosis es importante en la sociedad actual debido a la repercusión que las *enfermedades mentales* tienen sobre la población. Si bien es cierto, hay métodos para cuidar a las personas que las padecen, estos métodos tienden a hacer del sujeto un objeto, un objeto de medicación, de terapia electro-convulsiva, de cifras o porcentajes, de internalización en el psiquiátrico en casos graves, o de experimentación en otros casos; quitando de ellos cualquier resto de subjetividad. De forma que el alcance de esta disertación se dirige a colocar en un lugar distinto al psicótico, el hecho de hablar de estructura permite una visión diversa respecto del sujeto y por lo tanto una intervención distinta ya sea desde la medicina o desde la psicología.
- La psicología debe tener mayor apertura campo frente a las psicosis, no es raro escuchar que los psicólogos remitan a los pacientes o retrocedan frente a estos casos. El desarrollo de esta disertación da cuenta de que aunque se esté frente a una lógica distinta, la clínica con la psicosis es posible y que no debe ser rechazada. Si desde el psicoanálisis se da mayor apertura a pacientes psicóticos, posiblemente haya también apertura desde otros campos.
- Finalmente esta disertación invita por un lado, al trabajo clínico con la psicosis con una visión distinta, propone pensar que aunque el psicótico no está en la misma lógica que el neurótico, hay la posibilidad de escucha. Por otro lado, hace referencia a la literatura que no deja de ilustrarnos con viñetas clínicas de interés para cualquiera, en relación con lo que sucede en la psique de un sujeto, y así permite un trabajo no solo con los pacientes sino también con el arte (específicamente la literatura y el cine).

RECOMENDACIONES

- Retomar la lectura de la psiquiatría clásica. A lo largo de la disertación se han mencionado a un par de autores que permiten reconocer aspectos importantes en las psicosis, dándole un lugar de sujeto al psicótico. La lectura de los clásicos de la psiquiatría, permite una inagotable exploración por aquello que les sucede a quienes están atravesados por la forclusión, gracias a los fenómenos que acontecen en torno al lenguaje y al cuerpo, con un interés genuino en el padecer del sujeto. La psiquiatría clásica puede dar pautas al clínico de los múltiples fenómenos que se ven en la clínica no solamente de las psicosis, sino también de las neurosis, en especial de la histeria.
- Incursionar en la clínica psiquiátrica. En nuestro país es muy poca la relación establecida entre el psicoanálisis y las psicosis, de hecho, los hospitales psiquiátricos están llenos de médicos pero cuentan con muy pocos psicólogos, el uso de manuales diagnósticos permite que aquel que se ha constituido como psicótico sea considerado como una persona que no necesita ser escuchada, se cree que la medicación es lo único efectivo para el sujeto, olvidando que aunque su constitución sea distinta a la de un sujeto normal, también el psicótico es un sujeto de lenguaje.
- Realizar investigaciones sobre la relación del cuerpo y psicosis en sus diferentes cuadros clínicos y cuáles son las particularidades que se presentan en cada uno. Es decir, continuar con el trabajo que se ha empezado en esta disertación, debido a la

importancia que tiene la distinción entre cada una de las formas en las que se presenta la psicosis. Además, es oportuno realizar un trabajo en relación al sinthome, que se nombra brevemente en este trabajo pero que es muy importante para tener una perspectiva más amplia de las psicosis, que cómo ya se mencionó antes, pueden pasar desapercibidas.

- Fomentar el trabajo clínico con la psicosis articulándolo con la teoría psicoanalítica, ya que el psicoanálisis enriquece el trabajo con los diferentes síntomas que aparecen en los sujetos. Además una nueva perspectiva sobre la clínica con pacientes psicóticos en el Ecuador significaría avances en relación a los planes de “*Salud mental*” y la intervención podría considerar más al sujeto.
- Acercarse a la clínica a través de la literatura y del cine, los trabajos realizados a lo largo de los años en relación al arte permiten un acercamiento a ciertos personajes para comprender la estructura y la subjetividad. Las obras literarias y cinematográficas pueden acercar, a quien gusta de ellos, a la construcción y comprensión de los casos que allí se plantean, esto es un gran aporte para complementar la teoría.

BIBLIOGRAFÍA

- Assoun, P.-L. (2004). *Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bergès, J., & Balbo, G. (1999). *Sobre el transactivismo: el juego de los lugares de la madre y el niño*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Braunstein, N. (2006). *El goce: Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brillaud, D. (2012a). *Lección 3: Célestine: Encarcelación del objeto a en la hipocondría - Fenómeno de la Pared divisoria - síndrome SVP*. École Pratique des Hautes Etudes en Psychopathologies.
- Brillaud, D. (2012b). *Lección 4: Hipocondría y pulsión – encarnación del objeto a – observación de Charles Henri*. París: École Pratique des Hautes Etudes en Psychopathologies.
- Carbajal, E., D'Angelo, R., & Marchilli, A. (1986). *Una introducción a Lacan*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cortázar, J. (2011). *Rayuela*. Madrid: Cátedra.
- Dissez, N. (2016). *Responsabilidad de la clínica psicoanalítica y psiquiatría lacaniana*. Quito.

- Duras, M. (2010). *EL arrebató de Lol V. Stein*. Buenos Aires: Tusquets.
- Eidelsztein, A. (1996). *El grafo del deseo*. Buenos Aires: Manantial.
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Frege, G. (1973). *Estudios sobre semántica*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Freud, S. ((1911 [1910]) / 1991). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & L. W. (Trads.), *Obras completas: Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber) Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras. (1911-1913) Tomo XII* (pp. 1-76). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ((1913 [1912]) / 2011). Tótem y tabú. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & L. W. (Trads.), *Obras completas: Tótem y tabú y otras obras (1913-1914) Tomo XIII* (pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ((1917[1915]) /2000). Duelo y melancolía. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & L. W. (Trads.), (*Freud S. , Obras completas: Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916) Tomo XIV* (pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905 / 2000f). Tres ensayos de teoría sexual. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & (. Leandro Wolfson, *Obras completas: Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras, (1901-1905) Tomo VII* (pp. 109-222). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/ 2000b). Introducción del Narcicismo. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & L. W. (Trads.), *Obras completas: Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916) Tomo XIV* (pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915 / 2000c). La represión. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & L. W. (Trads.), *Obras completas: Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916) Tomo XIV* (pp. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1915 / 2000d). Lo Inconsciente. En J. D. (rev.), T. Segovia, A. Suárez, & (trads.), *Obras completas: Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916) Tomo XIV* (pp. 153-201). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915 / 2000e). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, L. Wolfson, & (Trads.), *Obras completas: Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916) Tomo XIV* (pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916 /2009a). 20° conferencia. La vida sexual de los seres humanos. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, L. Wolfson, & (Trads.), *Obras completas: Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III) (1916-17) Tomo XVI* (pp. 277-291). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916 /2009b). 21° Conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, L. Wolfson, & (Trads.), *Obras completas: Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III) (1916-17) Tomo XVI* (pp. 292-308). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920 / 1992). Mas allá del principio del placer. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & L. W. (Trads.), *Obras completas: Más allá del Principio del placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras,(1920-22) Tomo XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924 / 2000a). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & L. W. (Trads.), *Obras completas: El yo y el ello y otras obras,(1923-1925) Tomo XIX*, (pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924 / 2007). La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis. En J. Strachey, J. L. Etcheverry, & L. W. (Trads.), *Obras completas: El yo y el ello y otras obras (1923-1925) Tomo XIX* (pp. 190-197). Buenos Aires: Amorrortu.
- Graves, R. (1985). *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Jerusalinsky, A. (2011). *Psicoanálisis del autismo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Lacan, J. ((1953-1954) /1996). *El seminario (Libro 1): Escritos técnicos de Freud (1953-1954)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. ((1954-1955) /1997). *El seminario (Libro 2): El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. ((1955-1956) / 2011). *El seminario, Libro 3: Las Psicosis* . Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. ((1956-1957) /1994). *El seminario (Libro 4): La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. ((1957-1958) /2004). *El seminario (Libro 5) Las formaciones del inconsciente* . Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. ((1957-1958) /2009). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En J. D. Nasio, T. Segovia, & A. Suárez, *Escritos 2* (pp. 509-557). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. ((1962-1963) /2007). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1948 /2009b). La agresividad en psicoanálisis. En J. D. Nasio, T. Segovia, & A. Suárez, *Escritos 1* (pp. 107-127). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1948 /2009b). La agresividad en psicoanálisis. En J. D. Nasio, T. Segovia, & A. Suárez, *Escritos 1* (pp. 107-127). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1949/ 2009a). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. D. Nasio, T. Segovia, & A. Suárez, *Escritos 1* (pp. 99-105). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1960 / 2009c). Observación sobre el informe de Daniel Lagache: "Psicoanálisis y estructura de la personalidad". En J. D. Nasio, T. Segovia, & A. Suárez, *Escritos 2* (pp. 617-651). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1964 / 1997a). *El seminario (Libro 11) Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009 b). *Escritos 2*. México: Siglo XXI.

- Landman, C. (2012). *Elementos para un enfoque psicoanalítico en el campo de la psicopatología*. Ecole Pratique des Hautes Etudes en Psychopathologies.
- Landman, C. (2013). Segundo encuentro de E.P.L con Claude Landman sobre el seminario “Las estructuras lacanianas de la psicosis”. En G. Naranjo, *Trayectoria* (pp. 495-545). Quito: Rayuela editores.
- Maleval, J.-C. (1998). *Lógica del delirio*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Mazzuca, R. (2005). *Perversión: de la psychopathia sexualis a la subjetividad perversa*. Buenos Aires: Berggasse.
- Millas, D. (2014). *Seminario: Angustia, acto y certeza: lo indecible en las psicosis*. Quito.
- Miller, J. A. (1990). *Matemas II*. Buenos Aires: Manantial.
- Paola, D. (1994). *Psicosis o Cuerpo*. Buenos Aires: Ediciones laderiva.
- Sadock, b., & Sadock, V. (2009). *Kaplan & Sadock: Sinopsis de psiquiatría*. Philadelphia: Wolters Kluwer.
- Safouan, M. (2005). *Lacanianas: los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963*. Buenos Aires: Paidós.
- Vandermersch, B. (2013). Lógicas de la psicosis. En G. Naranjo, *Trayectoria: 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional* (pp. 659-678). Quito: Rayuela editores.
- Vandermersch, B. (2014). *Association lacanienne internationale*. Obtenido de Algunas consecuencias del objeto a por Lacan: http://freud-lacan.com/freud/Data/pdf/6_Algunas_consecuencias_de_lainvencion_del_objeto_a_por_Lacan.pdf
- Villeneuve, D. (. (2001). A propósito del esquema óptico. *Exposición en el seminario de R. Chemama*, (p. 7).

EN INTERNET:

- Berraute, G. (s.f.). *Association lacanienne internationale*. Obtenido de La forclusión: http://www.freud-lacan.com/index.php/fr/44-categories-fr/site/297-La_forclusion

Diccionario de la lengua española. (2016). *Real Academia española*. Obtenido de Verdad: <http://dle.rae.es/?id=bbdGpd4>

Diccionario de la lengua española. (2016). *Real Academia Española*. Obtenido de Certeza: <http://dle.rae.es/?id=8OPnJP9>

Esquizofrenia y Paranoia: unidad clínica: http://www.alcmeon.com.ar/3/11/a11_09.htm

Ipar, J. J. (s.f.). *ALCMEON: Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica*. Obtenido de Esquizofrenia y Paranoia: unidad clínica: http://www.alcmeon.com.ar/3/11/a11_09.htm

Ruiz, A. (s.f.). *Residencia Interdisciplinaria en Salud Mental*. Obtenido de Parafrenias: una necesidad diagnóstica: <http://residenciaroballos.es.tl/Parafrenia.htm>

Sagna, C. D.-L. (27 de 12 de 2013). *Virtualia*. Obtenido de Clérambault, una anatomía de las pasiones: <http://virtualia.eol.org.ar/027/Clinica-de-la-psicosis/pdf/Clerambault-una-anatomia-de-las-pasiones.pdf>

Vandermersch, B. (2014). *Association lacanienne internationale*. Obtenido de Algunas consecuencias del objeto a por Lacan: http://freud-lacan.com/freud/Data/pdf/6_Algunas_consecuencias_de_lainvencion_del_objeto_a_por_Lacan.pdf